

SIEMPRE N.º 9

Noviembre - Diciembre, 1958 · Ejemplar: 3 pesetas

Depósito legal: P - 10 - 1958



EL DIA DE LA INMACULADA

por Juan de Zavala

Por ser inmaculadas las banderas de su ideal y por ser su estampa guerrera expresión fiel de nuestra fiel Infantería, permitasenos hoy dedicar el recuerdo de esta fecha a aquellos a quienes tan recientemente vimos pelear.

Habían salido de las más escondidas aldeas de la ribera y de la montaña, navarra o de otras tierras, donde vivían ya las horas angustiosas de España y prestos, muy prestos acudieron a la llamada de la guerra porque en ella vieron virtud de Cruzada. Con pantalones de pana o de dril, con bombachos o milrayas, camisas abiertas al sol o zamarras de piel y con sus boinas rojas como única prenda militar, se concentraron los que no tenían uniforme caqui en aquella primera hora, que eran la mayoría, en la plaza del Castillo pamplonico o en otras encrucijadas del país, para quedar encuadradas en las columnas que los jefes militares iban organizando.

Pronto pudieron medir sus armas con el enemigo rojo o separatista. Y por esos primeros choques pudieron notar sus jefes que no eran novatos del todo. La mayoría, en efecto, había aprendido el manejo del fusil en la instrucción clandestina y llevaban casi todos en la sangre ese sentido de maniobra militar, más o menos guerrillero, que les venía de la carlistada.

Con ellos nos hicimos infantes y con ellos subimos peñas y riscos; con ellos estuvimos en rupturas de cinturones y aguantamos contra-ataques; asaltamos muchos "mendis" y entramos en ciudades; con ellos compartimos las grandes fatigas, incomodidades y desvelos, y con ellos se mezcló nuestra sangre.

De ellos vimos morir hombres de sesenta y cinco años y chavalicos de diecisiete; con ellos rezamos el Rosario, y con

ellos entonamos canciones evocadoras e himnos de guerra. Nunca tuvimos que empujarles, pues su espíritu nos arrastraba a ellos y a los que les mandábamos. Siempre obedientes siempre disciplinados, abnegados y fieles hasta la muerte, nunca nos hubieran dejado solos en el combate, y por eso, podíamos dormir siempre tranquilos junto a ellos en lo alto de cualquier mogote.

Para ellos, la guerra era sí duda una Cruzada; lo que no quiere decir que no soñaran con una España peculiar. Pero todo se andaría. Quien había esperado un siglo, no iba a tener ahora prisa de años y era mucho lo que había que batallar y mucho lo que había que unir.

Como de ellos somos, como de ellos salimos, casi no nos atrevemos a expresar algunas impresiones que tenemos bien grabadas de su conducta y actuación ejemplares; pero sí conviene hacer notar cómo maravilló a los mandos del Ejército el ver cómo se adaptaban aquellos hombres, en su mayoría rurales, a la disciplina militar; asombró no sólo su espíritu de sacrificio, abandonando voluntariamente a sus familiares y dejando las tareas del campo y las obligaciones del hogar, sino también ver cómo se supieron encuadrar; aunque haya que tener en cuenta, y ello no rebaja su mérito, que llevaban ya la levadura militar en sus espíritus y comprender que aquellos hombres honrados, plenos de ideales religiosos y patrios, fieles a sus tradiciones, cuantos más del pueblo salieron, cuantos más pegados estaban a los terrenos de su país, más claramente sentían el espíritu de la milicia y más fuertemente recibían en el fondo de su alma las emociones de la guerra y el deseo de la victoria.

Fué su bandera, desde los primeros momentos, la bandera de España, y como guiones Todo se explica. El carlismo se formó en la lucha. Y comenzó una guerra que duró más allá del truculento tratado de Vergara. Una guerra en el campo y en el papel. Sin descanso. Sin tregua alguna.

Ese espíritu bélico, el haber estado tanto tiempo en la más pura oposición, hicieron de los carlistas temibles luchadores, pero hombres bastante inade-

fuerza de choque y honradas con medallas militares colectivas y alguna que otra laureada de igual naturaleza.

Su recuerdo tiene que perdurar, su espíritu tiene que mantenerse vivo y sus glorias, como las de cualquier otro cuerpo del glorioso Ejército español, incluidas las numerosas unidades de heroicos falangistas, servirán de aliciente a las nuevas generaciones de españoles que quieran mirar hacia atrás en busca de energías con que afrontar el futuro, pues como soldados de la Infantería española, los requetés,

hombres de montaña o de llanura, de la meseta o del litoral, son una viva manifestación del espíritu guerrero español y unos ejemplares luchadores.

En este día de la Inmaculada Concepción de María, Patrona de la Infantería, vaya nuestro recuerdo para aquellos esforzados compañeros de lucha que aún viven, y nuestra ferviente oración por los que alcanzaron la alta recompensa de morir, ante todo, por su Dios y por su Patria en la Cruzada española.

(De «ARRIBA»)



LA CARIDAD

por Mariano del Mazo

Escribía el marqués de Valdespina a Don Carlos: «Los carlistas practican como nadie la fe y la esperanza. Pero carecen muchas veces de caridad». Con ello se quejaba de las despiadadas críticas de que era objeto por parte de sus co-religionarios.

¿Será verdad que en el carlismo falta muchas veces la caridad? ¿Será verdad que los carlistas atacamos sin reparar en nada? Lo cierto es que cuando más duramente hemos hincado la espada, muchas veces sin compasión, ha sido cuando hemos atacado a los nuestros. No hay más que recordar la polémica de carlistas e integristas, azuzada por los píos derechistas de entonces, deseosos de vernos deshacer.

Y es que los carlistas pegamos duro, pero a los nuestros más, por exigirles más.

Todo se explica. El carlismo se formó en la lucha. Y comenzó una guerra que duró más allá del truculento tratado de Vergara. Una guerra en el campo y en el papel. Sin descanso. Sin tregua alguna.

Ese espíritu bélico, el haber estado tanto tiempo en la más pura oposición, hicieron de los carlistas temibles luchadores, pero hombres bastante inade-

cuados para tareas pacíficas. Si de verdad queremos ser los mejores, tenemos que serlo en todo. Y hemos de tomar en serio la «vida civil».

Y ello ¿es posible? Digamos con justicia que no siempre lo ha sido. Que a los carlistas se les ha fustigado, insultado y escarnecido sin piedad. Que se ha jugado incluso con sus sagrados símbolos. Que se tejió hace mucho tiempo la leyenda del carlismo histórico, del museo. De los que «no son de este mundo». Porque a muchos no les interesó que lo fueran.

Por ello, no sería justo culpar a los carlistas de culpas que no tienen. Pero sí es positivo procurar eliminar los defectos, adquiridos sin culpa, pero negativamente presentes. Eso es, además, lo tradicionalista: el correr el río continuamente. Y limpio, perfeccionando a cada momento. Para ser los de siempre: Los mejores.

INTEGRIDAD

Ha sido difícil siempre ser carlista. Por ello no todos los que pasaron bajo sus arcos perseveraron. El carlismo lo exige todo: íntegramente. Sus dogmas son invariables. La «circunstancia» no podía en ningún momento inenoscabar su

línea. Por ello durante la República seguían siendo monárquicos, aunque aquello no fuera lo prudente o lo político. Ya llegaría un 18 de julio en que saldrían cantando «Por Dios, por la patria y el rey». Entonces eso les parecía bien incluso a quienes días antes les tachaban de intransigentes. «Estos muchachos. La Tradición española es grande», decían, olvidando ya que no habían tenido inconveniente en torcer esa tradición. Todo perdonado, claro está. Pero que no se olvide. Que España no hay más que una. Y ni se puede inventar otra ni se puede cambiar.

No seríamos justos si condenásemos a Ortega y Gasset, por haber creído en una España teórica. Por haber querido terminar con la decadencia en que vivía. Su patriotismo es innegable. Pero su equivocación está fuera de toda duda. Con la mejor buena fe, hasta los santos pueden equivocarse. Como se equivocó el propio San Vicente Ferrer apoyando al antipapa. Por ello acaso vino torcida la República a España. Porque a Don Niceto se le ocurrió ver la política del santo valenciano. Más hubiera ganado contemplando su espíritu, su santidad.

SIEMPRE

desea a sus lectores

felices Navidades y año nuevo

SIEMPRE

Director: Mariano del Mazo Zuazagotia

Noviembre - Diciembre 1958

Nº 9

Mayo, 139 PALENCIA

Teología católica y ciencia atómica

por M. Palomar

Optimismo ingenuo y prejuicios de escuela no son los mejores consejeros del investigador. Tampoco es muy aconsejable la excesiva pasión polémica, que puede conducir a exageraciones semejantes a las que los cronistas y teólogos católicos defensores de la autenticidad de las Falsas Decretales en contra de las críticas, históricamente más exactas, del humanista Lorenzo Valla y el protestante inglés Beveridge y sobre todo David Blondel. Cinéndonos a nuestro tema, tan inexacto juzgamos sostener que el cristianismo desterró de la conciencia intelectual los átomos cual puras ficciones gentílicas e idolátricas como la pretensión de justificar a la teología medieval de un supuesto desentendimiento respecto al estudio de los fenómenos naturales, porque tuvo que dedicarse a cosas más elevadas e interesantes para el género humano. Un prejuicio racionalista hizo quizás a Spengler atribuir la gloria de la invención de la teoría matemática de las fracciones ordinarias o quebrados al influjo del espíritu faustico, occidental y germánico, cuando su autor, el obispo católico Nicolás de Cusa, se inspiró más bien en altos conceptos teológicos de infinito.

Trasfondo de semejantes afirmaciones es la acusación, más o menos insidiosa, lanzada por los adversarios del cristianismo y tácitamente aceptada por sus apologistas que censura a la teología medieval, considerándola como una rémora para la investigación científica. Sin embargo, la verdad es que la física de Galileo fué preparada por la ontología de Duns Scotto y Guillermo de Ockan, precursores de la distinción entre la idea de naturaleza *simpliciter* y la idea de naturaleza en el sentido de la física y que según Bayle y Dalton, la química nació de un opúsculo de Santo Tomás. El profesor Zubiri, tan versado en las disciplinas científicas como profundo conocedor de la filosofía y teología medievales, afirma: «Sin Aristóteles, no hubiera habido física. Sin la ontología y la teología medievales, hubiera sido imposible Galileo». Verdad es que el precio del nacimiento de la física moderna fué una renuncia al concepto de causa en sentido de relación ontológica, tesis común a nominalistas y escotistas medievales respecto a los seres corpóreos, lo cual provocó profundas reacciones contradictorias y dió seguramente origen, por otra parte, al ocasionalismo de Malebranche y A. Guelix, sistema peligrosamente atrevido desde el punto de vista de la ortodoxia católica. Sin entrar en estos problemas, baste subrayar el hecho histórico y la conveniencia de que ni la filosofía ni la teología se alejen demasiado del ritmo acelerado de la investigación científica del cosmos ni tampoco la física de nuestros días, preferentemente ineteresada, según Zubiri, en el manejo de la realidad, se desentienda demasiado del conocimiento de esta última.

(Sigue en última página)

Necrológica

Ha muerto Francisco-Javier Albornoz Escajadillo

Sabemos que la muerte no respeta edades; pero morir a los 28 años, bien triste es. Siempre nos impresionará ver el espíritu en sus ojos penetrantes asiendo a la vida que se le escapa de su cuerpo condenado ya. Pero hoy, con la sonrisa de la paz serenando su rostro, con la tranquilidad de lo inmortal posada en su figura, no podemos menos de envidiarle.

Como con la perspectiva de lo verdaderamente importante las pequeñezas se empequeñecen aún más hasta desaparecer. Y todos, participando o no de su ideología, compartiendo o no sus métodos, todos hemos llorado su partida.

Cuando la esperanza se iba realizando y su nombre se agigantaba en los medios universitarios e intelectuales, aun los más ajenos a su ideología, en toda España, cuando su tenaz idea, su revista, nacida con el mínimo apoyo, era una realidad y en su cuarto número «Azada y Asta», había saltado la barrera de los dos mil ejemplares —una revista juvenil de cultura y política—, la muerte, esa terrible realidad, volverá a disolver su nombre en el olvido.

Pero nosotros, a quienes había ganado con su recia personalidad, los que participábamos de sus proyectos, de sus inquietudes, de sus problemas, los que le agujoneábamos y le discutíamos, guardaremos para siempre su recuerdo y el ejemplo de una inquebrantable vocación política, en la más noble acepción de la palabra, sin otro premio que la satisfacción de estar al servicio de una idea y sacrificarse por ella.

Por ello, sea éste nuestro último homenaje a Francisco Javier Albornoz Escajadillo, en la seguridad de que nos escucha junto a Aquel a quien mereció por sus convicciones y a quien ganó últimamente con su resignación.—X

(Publicado en «El Diario Montañés» de Santander el 2-12-58)

HOMENAJE

Con motivo de haberle concedido el Gobierno la Medalla del Trabajo a D. Angel Saborador Roldán, Jefe Nacional del Sindicato de Actividades Diversas, le fué ofrecida una comida, en homenaje íntimo, por un grupo de amigos y admiradores del Sr. Roldán como antiguo dirigente de los Sindicatos Libres Católicos.

Entre los asistentes figuraban los Sres. D. José M. Valiente, D. José Luis Zamanillo, D. Juan Saenz-Diez, D. Miguel Fagoaga, D. Clemente Saenz, D. José María Domingo-Arnau, D. José María Mazón, D. Jorge Beneito, D. Bruno Ramos, don Alfonso Viñuelas, etc.

Se celebró el día 23 en el Casino de Madrid.

EL TERCER ENCUENTRO

Por Ramón Rincón

damentales, que pasaron a ser: Dios y Patria.

Pero se trataba de un trilema. Me faltaba el lema del Rey. Por disciplina, por un sentimiento íntimo e inexplicable, aceptaba este último. También porque se me metió en el corazón y tuve fe, en una subida al Montejurra y grité con entusiasmo: ¡Viva el Rey!, ejerciendo en mí un influjo sublime aquello que vi y que nunca pude imaginar.

Si el primer encuentro fué ante Jesús Crucificado, y el segundo ante un Caballero tradicionalista, el tercero ha sido ante un libro: «Memorias y Diario de Carlos VII», publicado por Don Bruno Ramos Martínez.

¡Ya tengo en mi corazón el trilema de Dios, Patria y Rey! Ya sé por qué aquellos bravos en Montejurra gritaban «¡Viva el Rey!», hasta electrizarme y sentir que yo también gritaba con ellos. Porque cuando leía este maravilloso libro, reía y lloraba, amaba y luchaba,

vivía con el Rey, y vivir con un Rey tradicionalista, y siendo además Carlos VII, es comprender y desearte el «¡Viva el Rey!» que grité en Montejurra y con el que murieron en los labios tantos heroicos requetés, mientras yo era comunista y tenía los ojos y el corazón cerrados a la Patria y a Dios...

Estructura orgánica de la Monarquía Tradicional

En Valladolid ha comenzado un Ciclo de Conferencias sobre la Estructura Orgánica de la Monarquía Tradicional.

La primera de ellas, tuvo lugar el 21 de Noviembre, en el Colegio Mayor «La Salle». Estuvo a cargo del prestigioso abogado y Secretario General del Instituto Internacional «Francisco Suárez», Don José María Codón, que habló sobre «Los Municipios». Fué presentado por Don Fernando López Barranco.

La segunda Conferencia, se celebró el día 30 de Noviembre en el Teatro Zorrilla. Fué pronunciada por Don Jaime de Carlos Gómez Rodulfo, ver-

sando sobre «Las Corporaciones y Organizaciones Profesionales», siendo presentado por Don José M. Conejo.

La tercera, tuvo lugar en el Teatro Zorrilla, el día 8 de Diciembre, estando a cargo de Don José M. Domingo Armau y Rovira. El tema glosado fué «Las Regiones», siendo presentado por Don Don Luis Echávarri.

La cuarta Conferencia, estará a cargo de Don Francisco Elías de Tejada, versando sobre «Las Cortes», y la quinta, será pronunciada por Don Agustín de Asís, teniendo por tema «La Corona».



continuidad de la tradición

por José María Domingo-Arnau y Rovira

José Antonio: "Servir a un Señor que no se nos muera"

Pradera: "El Tradicionalismo tiene el Señor que no se puede morir en la única forma posible en política:

en la forma de Institución"

La Tradición no es un momento de la Historia; no es un punto, sino una línea. La Tradición, es una mano tendida desde el pasado para señalar un camino, para sugerir una actitud, para mostrar una meta. En una Tradición bien entendida hay un claro equilibrio de derechos y deberes; es la suma y la síntesis de muchas vidas que nos precedieron, que realizaron para nosotros el esfuerzo de integrarse, y que tienen el derecho de perdurar en el respeto de sus descendientes para que el impulso que significaron no se paralice, para que el brío que hubo en ellas no se entumezca en la continuidad de su línea humana.

En 1903 afirmaba Vázquez de Mella en Barcelona: «La Tradición es el progreso hereditario; y el progreso, si no es hereditario, no es progreso social». Una institución tradicionalista, es por tanto una condensación, es una capitalización de energías morales, que se vinculan a una Nación o a una raza, para que no se pierda ni desaparezca.

Los pueblos decaen y mueren cuando su unidad interna, moral se rompe —afirmaba en otra ocasión Mella— y aparece entonces una generación entera, descreída, que se considera anillo roto en la cadena de los siglos, ignorando que, sin la comunidad de Tradición, no hay Patria. La Patria no la forma exclusivamente el suelo que pisamos, ni la atmósfera que respiramos, ni el sol que nos alumbra, sino aquel patrimonio espiritual que han fabricado para nosotros las generaciones anteriores durante siglos, y que tenemos el derecho de perfeccionar, de dilatar y de engrandecer.

La Tradición española es una Tradición de democracia, regida por un sistema político de autoridad. Siglos enteros de nuestra Historia se han caracterizado por la unión del pueblo con sus Caudillo o Reyes, contra las imposiciones de la aristocracia, que pretendía instaurar en nuestra Patria, en beneficio de una clase, el régimen feudal germánico. Los Municipios, en frase de un escritor republicano, era verda-

deras repúblicas en nuestro pasado glorioso.

Pero nuestra Tradición es también profundamente social, y no ya los gremios, con los cuales anduvimos a la cabeza de Europa, sino también las instituciones y régimen de la tierra de los tiempos pasados.

Si el mundo occidental se replegará en meditación sobre sí mismo, acaso comprendería que su fragilidad actual depende, únicamente, de haber abandonado los viejos principios de su milenaria tradición. Prueba de ello es la circunstancia evidente, que las únicas colectividades con vitalidad interna y externa, las únicas que suponen una realidad orgánica, aplomada, compacta y seria, son las que han vuelto al rumbo tradicionalista, con toda la dignidad de renunciamientos, con todo el realce de sus sacrificios, con toda la majestad que encierra una aceptación consciente, razonada y alta de una vida difícil.

La Tradición, como sistema, ha quedado plasmada en España, originariamente, en el Tradicionalismo, y posteriormente en el Movimiento Nacional. El Tradicionalismo fué en sus orígenes un movimiento dinástico; pero sobre todo un gran movimiento ideológico, que reune bajo la denominación de «tradicionalistas» —según aguda frase de Suárez Verdaguer— a un fecundo haz de pensadores.

De aquí arranca la luminosidad de esta doctrina española, con cuyo nombre se ha de designar, ya para siempre, un Movimiento ideológico que se prolonga, a través de los tiempos, interpretando a su luz los acontecimientos contemporáneos y dando las soluciones correctas.

Traidoramente, por despecho y crueldad, se ha acusado de cerril a este grupo doctrinal, al que hay que volver los ojos cuando se trata de nombrar a los pensadores españoles de talla europea. En él caben con Donoso y Balmes, Aparisi, Nocedal, Vázquez de Mella, Menéndez y Pelayo y otros, hasta enlazar con Víctor Pradera, una pléyade de doctores.

Fué Víctor Pradera el más

puro y claro teorizante del Tradicionalismo español. El fué quien denunció la continuidad de la Tradición en la doctrina falangista, recogida en el discurso fundacional. Pradera en su artículo «Bandera que se alza?», demostró que los cuatro puntos del Discurso de José Antonio eran totalmente coincidentes con la dogmática de la Tradición.

Estos puntos eran: el repudio de la concepción roussoniana; la condenación del Estado liberal; la Nación concebida como una sociedad de pueblos diversos unidos por la realización en ella del destino humano de sus asociados, y la negación rotunda de los partidos políticos para constituir la verdadera representación nacional.

Mas Pradera supo concretar, igualmente, el pensamiento de José Antonio de «servir a un Señor que no se nos muera», al expresar: «El Tradicionalismo tiene el Señor que no se puede morir en la única forma posible en política: en la forma de Institución». Es decir la gloriosa Institución de la Monarquía Tradicional que forjó la grandeza secular de España, y por cuya implantación estuvo empeñado, durante los últimos cien años, el Tradicionalismo.

Finalizaba Pradera aquel interesante artículo sugiriendo la futura meta de la Tradición, pidiendo para los hombres que llevan cerca de un siglo defendiéndola, la gloria de la doctrina, el espíritu y el estilo que la poderosa inteligencia de José Antonio infundía al nuevo Movimiento, porque contaba con hondas raíces en la esencia hispánica.

Por eso, cuando España en 1936, arma al brazo, se ha encontrado a sí misma, caminando por las rutas del espíritu, volviendo a su Tradición, lo primero que ha hecho para reconstruir su grandeza, ha sido levantar los cimientos de una doctrina institucional, que une uniera lo material con lo espiritual y forjase la Patria como «configuración física de una Unidad de Destino en lo Universal».

Tradición y tiempo

por José María Codón

EL PRESENTISMO

El tiempo presente, característicamente fugaz, es, además un concepto ambiguo. Solamente la referencia a un determinado acontecimiento hace posible la división del tiempo en pasado, presente y futuro.

Todo un libro ha dedicado Conrad-Martius a analizar estas cuestiones y tiene una frase que vale por todo el maravilloso pequeño volumen: «El tiempo transcendental-imaginativo de la intuición se funda ontológicamente en el hecho de que la actualidad sólo es presente en un mínimo instante; si le faltase aquella «prolongación» imaginativa hacia adelante y hacia atrás no poseeríamos conciencia temporal alguna».

La actualidad tiene que robar tiempo al pasado para registrarse y al futuro para difundirse. Si no, es imperceptible. De modo parecido a lo que ocurre con los sucesos de última hora que persisten en el ambiente casi los instantes que tardan en salir las ediciones a la calle, para su eco, continúa. El presente transcurre presuroso. En el tiempo que tardamos en pronunciar esos expresivos adverbios de tiempo —«ahora», «ya»— que por su brevedad y actualidad figuran como titulares de prensa rápida, el presente se ha convertido en pasado. «Y pues vemos lo presente, —como en un tiempo se esido y acabado— si juzgamos sabiamente daremos lo no venido por pasado».

Amar en exclusiva el presente, —puente fugaz y casi imperceptible entre el ayer y el mañana— es una forma de vivir al día.

Ortega optó por el presente, dice Laín Entralgo. Esta opción no es satisfactoria. Si nos pronunciamos por algo no ha de ser por el huidizo y aturdido momento. Debemos optar por algo que tenga vigencia permanente, que no muera con el sol de cada tarde. El preteritismo deificando el ayer, el progresismo al mañana, y el presentismo al ahora, son modalidades anarquizantes y simples de la idolatría de Cronos.

No se debe vivir al día, con imprevisión suicida, ignorando el origen que nos deja sin arraigo y el destino que nos priva, precisamente, del futuro.

Quien ama la última hora y la juzga criterio supremo y decisivo, confunde lo bueno con lo nuevo y lo actual con lo contemporáneo. Contemporiza.

Huyamos de la contemporización. Precisamente temporizar es adaptar las ideas consagradas a las venturas de los tiempos.

El designio secreto de los enemigos del pasado es que pretendan, al arrumbarlo, atacar, secularizándolas, su rímero de verdades que no pasan: los principios eternos. Este juego dialógico consiste en presentar como trasnochadas vigencias permanentes.

Hablemos claro. Ha sido pretexto constante de quienes no han sabido estar a la altura de las circunstancias, echar la culpa al tiempo. Con este comodín todo se relativiza. Las esencias morales y los cánones estéticos se reputan inválidos si no son ya de «nuestro tiempo». Y como resulta que el tiempo pasa volando, este criterio condena a todo lo divino y lo humano a la transitoriedad,

Constituye esta argucia que emplean tanto los relativistas una gran tentación dirigida, preferentemente, a los jóvenes. El joven es una novedad incluso biológica. Está recién entrenado y se le halaga, diciéndole: Eres joven, luego posees la verdad.

Pero la verdad ni perece ni pasa. Cuando hablamos de eternidad y tiempo, estamos discurriendo sobre cosas distintas. ¡Qué razón tenía Plotino! El tiempo no roza si quiera a la verdad impermeable.



De mis recuerdos

Periodistas de la Tradición hispana

Benigno Bolaños "ENEAS"

por Claro Abánades

Pecado y grave es el que cometemos, a veces, los periodistas, incumpliendo sagrados deberes. Pecado de olvido, de omisión, por no decir de indiferencia y de ingratitud. Los que nos precedieron en la profesión nos dieron lecciones admirables, nos indicaron el camino a seguir, nos señalaron los medios para poder llegar al triunfo, y en su obra aprendimos a manejar la pluma defendiendo santos ideales.

Aquellos maestros del periodismo tradicionalista vivían muy modestamente, aunque su inteligencia dejara destellos deslumbradores de su pensamiento, que era el de conquistar almas para conseguir desterrar de la Patria las libertades de perdición y lograr que rigiera el verdadero pensamiento hispano; aquellos escritores que se llamaron Vildósola, Melgar, Aparsi, Villoslada, La Hoz, Herrero, Carbonero, Clavarana, Peñaflor y tantos más, pusieron su vida a contribución de un ideal generoso.

Lucharon, rompiendo lanzas por la dama de sus ensueños, que no era otra que la Tradición española, y envueltos en triunfos del

espíritu discurrieron por la vida sacrificando muchas cosas, alta la cara y sosteniendo con brazo viril la bandera de la Verdad amparados por la Cruz redentora.

Los periodistas carlistas nunca encontramos estímulos en las alturas del Poder, durante los tiempos liberales; eramos, precisamente, los que luchábamos para derrocar errores y sistemas políticos que tanto daño hicieron a la Religión y a la Patria, y que prepararon la revolución marxista. Por eso nos oponíamos, y a las llamadas que se nos hacían del campo adversario para que nos incorporáramos a sus huestes, replicábamos con dignidad. Podrían llamarlos mendigos, entre ellos, los potentados, pero dábamos ejemplos vivos de ser más bien caballeros.

Entre aquellos maestros del periodismo, quijotes de la pluma, defensores de las verdades eternas, hombres de sano espíritu, de vivir honrado, abnegados, con pletora de energías para el sacrificio y la virtud, se halla la figura señera de Benigno Bolaños, cuyo seudónimo de ENEAS se hizo popular entre

los que, sosteniendo la bandera de la Comunión Tradicionalista, leyeron y estudiaron la hermosa doctrina que desde «El Correo Español», del que fué director muchos años, destilaba su pluma en artículos viriles, de recio optimismo, de argumentos incontrovertibles, plenos de arte y de poesía, y aleccionadores por su estilo brillante y por sus frases sentenciosas.

Así era Bolaños, el gran ENEAS, el que todavía joven rindió su tributo a la muerte el 13 de Julio de 1909.

Los hombres de ayer, aquellos que supieron tener a raya a la revolución liberal, fueron vencidos por la traición. Aquellos varones que habían sembrado de hazañas gloriosas los campos de batalla, necesitaban alguien que les alentara, que les hablara de esperanzas, que moviera sus corazones para que la ponzona masónica no prendiera en ellos.

Entonces se vió que la Providencia velaba cerca de aquel engañoso agonizar de la Tradición, y la Tradición española volvió a brillar como un sol hermoso. Portavoces de grandes ideales fueron entonces unos hombres de buena voluntad, y así como se pudo escuchar la mágica palabra de Mella, en la Prensa apareció la genial pluma de Benigno Bolaños.

ENEAS gozaba de una gran cultura. Era humilde, como suelen ser los verdaderos sabios. Desde Establés, pequeño pueblo del novilísimo solar señorrial de Molina, llegó a la capital de España cargado de fe y de ciencia, fe que heredó de sus antepasados como la mayor de las riquezas, y ciencia que adquirió con sns estudios en seminarios y universidades, y gracias y dones con que el cielo le premiara.

Bolaños peleó y triunfó. Vivió cuando mas falta hacía, cuando una crisis honda pretendía matar los entusiasmos de los buenos, que él volvió a mover y levantar con su talento extraordinario, al conjuro de sus maravillosos escritos.

Con estos supo desbaratar los planes de los adversarios, descubriendo las redes que se tendían a la lealtad carlista desde los castillos de la dinastía liberal.

* * *

A raíz del fallecimiento del gran ENEAS se ocupó muy extensamente la Prensa de todos los matices, de las virtudes del excelso periodista católico.

Queremos solamente reproducir el juicio que formuló sobre Bolaños el entonces director del periódico liberal «El Globo», señor Lorenzo Coria:

«ENEAS fué el maestro en bien decir y en hondo pensar. De su partido era orgulloso; de «El Correo Español», piedra fundamental. Yo, al saber su muerte, interrumpí mis trabajos, suspendí mi espíritu en la consideración de lo efímero de nuestros mundanos afanes, y saludó al adversario que

Juventud y Tradición

por Pedro José Zabala

Darecen a primera vista fuerzas antagónicas. Una visión superficial incluirá a la juventud como elemento revolucionario y a la ancianidad como poso de Tradición.

Es preciso discriminar el concepto de juventud. Entre edad y juventud hay cierta correlación. Pero nada más. Se es joven mientras se posee un corazón cargado de ilusiones. Este ímpetu ilusional es la clave de la juventud y puede darse a cualquier edad.

La juventud es la fuerza del progreso. Un pueblo es joven mientras tiene fe de conquista en su futuro. Lo que realmente se opone a lo juvenil es lo conservador.

El deseo enfermizo y reaccionario de que persistan antigüallas inoperantes en nuestros días es lo que define lo conservador. Esta añoranza momificadora y sensibleril es el freno más fuerte que puede oponerse a toda fuerza progresiva. Mientras que las fuerzas conservadoras representan el estancamiento, la muerte social y cultural; la Tradición es la vida, es la evolución.

La Tradición es la fuerza lanzada al futuro para que alumbe el mañana con las lecciones del ayer. Es el trampolin de la Historia que nos sirve de base para no dar saltos en el vacío. La Tradición es el vehículo del progreso.

Hoy representan el monopolio de lo conservador las clases burguesas. Y fué la burguesía, cosa curiosa, la protagonista de la revolución por anarquismo: La Revolución Francesa.

Aquella revolución, que entre cantos de Marsellesa y delirios regicidas, no fué sino la conclusión lógica de un silogismo.

Cuya premisa menor era la consagración jurídica de la modernidad europea en 1.648 con la paz de Westfalia. Y la premisa mayor, la escisión religiosa de la Cristiandad por la labor desgarradora de Lutero y de Calvin.

En toda Europa la victoria burguesa fué completa. Y el liberalismo en política y el capitalismo en economía rigieron despóticamente en su más más feroz individualismo. Hasta que a finales del XIX se entenebrece el horizonte burgués con la aparición de las organi-

se va, con un «hasta la vista» confortador del ánima contristada. Desde los Vildósola y La Hoz a los Herrero y Bolaños, hemos visto en esos camaradas del campo contrario la expresión exacta de la austereidad, de la sinceridad, de la lealtad sin flaquezas ni desmayos.

Los periodistas de hoy (yo de los más viejos en el presente) tampoco olvidamos la figura excelsa del periodismo hispano, que se llamó Bolaños.

¡Sea bendita su memoria!

zaciones sindicales proletarias.

Pero en España hubo lucha. La juventud hispana se enroló en las filas de los Reyes Carlistas contra el liberalismo reaccionario. Como observa García Escudero: «Las guerras carlistas más que civiles fueron rebeldía de un pueblo entero contra una minoría gobernante, burguesa, desamortizadora y centralista a la francesa».

La minoría caduca y reaccionaria que amparó a la dinastía isabelina se impuso a la juventud. El momento mas claro es el de la Restauración: la época mas estéril, inocua y suicida de la política española. Como el doctrinamiento liberal es la negación de todo ideal pues se basa en una transacción, la Restauración española es nuestra obra política contemporánea más carente de juventud.

Mientras, la bandera del Carlismo pasaba sin arriarse, de generación en generación, con entusiasmos juveniles siempre y siempre remozados. Esta afluencia de generaciones jóvenes al carlismo es consecuencia del valor dinámico y progresivo de su bandera política: la Tradición.

Pero la burguesía ha evolucionado. Le forzaban, de un lado, la ley histórica que obliga a todo grupo revolucionario a ser conservador en cuanto conquista el poder. Y de otro, el embate cada vez mayor del marxismo proletario. Y aquella burguesía iconoclasta, destructora y subversiva ha pasado a ser la clase derechista, reaccionaria y de «orden». Esta curiosa evolución burguesa ha sido mucho mas drástica en nuestra Patria.

Ahi radica el peligro. Un peligro grave para España y el Carlismo. El que esa burguesía frente a los embates no solo marxistas sino de una auténtica justicia social, repudie el sistema partidista liberal sólo por inoperante para defender sus pingües posiciones y pretenda encuadrarse dentro de una pretendida y meramente etiquetada Monarquía Tradicional, entendida solo como poder fuerte para defender sus intereses.

«No falló solo un gobierno, sino una sociedad. Esto determinó en buena medida el aislamiento de Maura, el de Primo de Rivera y las elecciones del 12 de abril, en parte resultado de la abstención de los monárquicos hereditarios, junto con el voto adverso de los burgueses, que exhibían orgullosos el boleto rojo de la convención republicano-socialista, y de cuantos «encoraginados, cejijuntos, implacables», dieron rienda suelta en aquel día al republicanismo en que tenía que acabar su débil monarquismo liberal, o peor aún, propusieron sus convicciones al rencoroso gusto de castigar al monarca «que aceptó la dictadura».

(Duque de Maura y Fernández Almagro)

Liquidando el siglo XIX

por Julián de Torresano

Aunque la Revolución Francesa se produjo en el siglo XVIII, todos sabemos que su expansión mundial se llevó a cabo en el siguiente, cuando las expediciones coloniales de las Grandes Potencias salieron por mares y tierras del Asia, de África, de la Oceanía y de América, para llevar a tan lejanas tierras —según decían— la civilización y la libertad.

En nombre de ambas conquistas del progreso, se desmontó la organización tradicional de los pueblos bárbaros, y de los salvajes, se derruyeron los régimen donde existía alguna forma de Estado y se proporcionó a los elementos indígenas una vida y una cultura más parecidas a las europeas. España y Portugal, que se habían adelantado en el descubrimiento y evangelización de las tierras exóticas, no tomaron parte en esta tardía cruzada por el progreso, puesto que, siguiendo otro derrotero más misional y menos político, se limitaron a incorporar, pura y simplemente, a sus metrópolis, las nuevas provincias ultramarinas.

Las grandes campañas coloniales de Inglaterra y Francia, principalmente, y las de Alemania con posterioridad, variaron fundamentalmente el mapa de la Tierra y rayaron con los colores de sus fronteras, las nuevas organizaciones territoriales. Después de la primera guerra mundial, eliminada Alemania del reparto colonial, quedaron las otras potencias en el usufructo de su Imperio ultramarino.

Parecía que la marcha del progreso que, al decir de los políticos izquierdistas, no va nunca hacia atrás, impelia a todo ese mundo de gentes de color, de raza, de religión y de ideas diversas al mundo occidental, en pos de una nueva vida libre, civilizada y más humana que la antigua.

Mas he aquí que la reacción se produce, según estamos presenciando en estos momentos y que, además, lo hace con tan agudos y violentos caracteres, que amenaza no sólo volver a colocar a los pueblos coloniales en el plano de su independencia, sino incluso aplastar a los colonizadores, sumergiendo a la civilización occidental en una nueva Edad Media.

Ha bastado para ello que los negros, los amarillos y

los semitas de África y de Asia, los malayos y los polinesios, hayan visto que los europeos, los odiados y dominadores blancos, se mataban entre ellos como fieras, para que les hayan perdido el respeto y, usando de una libertad mal digerida y predicada por los mismos colonizadores, se dispongan a rechazar el yugo y no les importe un ardiente los beneficios obtenidos por medio de la cultura y del progreso.

Las fabulosas guerras de Madhi, escenario de las glorias militares de Lord Kitchener, quedan muy lejos ya en la historia de un Sudán que acaba de levantarse en pro de la República Árabe Unida. Las epopeyas de Liautay en Indochina y Marruecos, se han dado al olvido ante la revolución del Vietnam y la caducidad del Protectorado sobre Marruecos.

La India, rebasando las predicaciones pacíficas de Gendhi, rechaza la tutela de la Gran Bretaña y coquetea con la Uss. El Mau-Mau co-

re por las tribus del África ecuatorial y el mundo aceitunado de la Indonesia no quiere saber nada de la dominación de Holanda.

Cayeron, sí, los reyezuelos bárbaros, mitad feudales, mitad jefes de tribu, que antes ejercían su pintoresco mando sobre el abigarrado mosáico de los países bárbaros. La forma ha variado, y ahora los pueblos exóticos se visten de repúblicas y adoptan el lenguaje revolucionario y marxista de sus enemigos.

Pero el fondo sigue siendo el mismo. Anticristianismo, antieuropeísmo, antiblanquismo. Por el camino del totalitarismo, los pueblos extra-europeos pueden ir a la dictadura y de ésta volver a los Imperios paganos de Gengis Khan, de Mahoma...

En el Asia fabulosa, en el Indostán, China y Japón, quedan aún en pie los altares de Budha, de Brahma y de Confucio. En los arenales de Arabia y de África, quedan los fanáticos de la Media Luna, los descendientes de

Profeta, cuyo camino sigue Nasser.

La expansión europea del Siglo XIX, la cruzada de la libertad, de la civilización, del progreso y de los monopolios comerciales a base de petróleo y primeras materias para la industria, ha terminado.

Los asiáticos, los africanos, los polinésicos y los negros, no quieren saber nada de sus dominadores y ocupantes. No quieren la libertad importada, sino la suya. La indígena.

Desde que, por una aberración política de los gobiernos occidentales, fueron traídos a Europa para luchar en las luchas intestinas entre blancos y aprendieron que se puede matar a éstos con la misma facilidad que a los demás hombres, el mito del hombre civilizado se ha esfumado ante ellos.

Por ésto, los hombres de ultramar, las gentes de color, han acometido la obra gigantesca de liquidar ese pretenioso Siglo XIX que levantó

con su palabrería y sus crímenes la Revolución Francesa.

Queipo de Llano y los Requetés

El excelentísimo señor general en jefe del 11 Cuerpo del Ejército de Andalucía, en la Orden general del día 29 de marzo de 1937, en Sevilla, publicó un afectuoso elogio del Requeté, que decía así:

«Al presenciar desde mi puesto de mando el avance, más que impetuoso, arrollador de los Batallones primero y tercero de Requetés de la 22 División, no he podido por menos de sentirme orgulloso de ser español. Llevo más de 40 años de servicio y he asistido y tomado parte en más de un centenar de combates durante todo el tiempo de mi permanencia en África, he mandado siemprefuerzas indígenas. Pues bien; hoy me veo precisado a confesar que jamás he visto ni he mandado una Infantería mejor. Vuestro avance, no inmediato a las explosiones de nuestra Artillería, sino metido materialmente entre ellas, os ha permitido llegar a las trincheras enemigas sin dar tiempo a sus defensores ni siquiera a ponerse de pie. Ello ha sido causa del copo total de la guarnición, y ello ha evitado asimismo que os hayan podido hacer numerosas bajas los enemigos; pero en cambio habéis soportado la de nuestra propia Artillería, en valor rayano en heroísmo. Que Dios premie vuestra abnegación y sacrificio, pues los hombres no disponemos de medios adecuados para premiar tan sublime comportamiento. Os abraza y os da las gracias, en nombre de la Patria, vuestro general».

El impacto de un premio Nobel

por Eduardo R. Rovira

Lo que no consiguió el brutal aplastamiento de la Revolución húngara, lo logrará el impolítico caso Pasternak?

El intelectual soviético que se frotaba las manos al enterarse de la concesión del Premio Nobel a un ruso tuvo que contraer rápidamente su sonrisa y convertirla en mueca de desden hacia el desviancionista. Pero estábamos ya acostumbrados tras el affaire Stalin a estos cambios. Rusia es país de grandes metamorfosis, ya sean políticas, —zarrismo-comunismo—, ya económicas - industrialización. ¿No es también un titiritero o un bufón —pues no de otra manera se puede llamar al que baila haciendo el oso delante de su amo, según propia confesión de K.— quien ocupa hoy el trono rojo?

Pero hay una cosa que nos ha chocado. Podíamos admitir que un político a lo maquiavélico, cual serán siempre los comunistas, y más un degenerado como Malenkov, haga humillantes ratracta-

ciones públicas; mas confiábamos que todo un intelectual sostuviese sus convicciones. Y Boris Pasternak ha claudicado.

Francamente, y respondiendo a la pregunta que nos planteábamos al principio, no creemos que el intelectual rusófilo se desengañe. No ve, no solo el que no puede ver, sino también el que no quiere.

Este intelectual comunista ha identificado una ideología con una nación. Ha caído en el burdo error de aquellos que gritaban ¡Viva Rusia! no hace muchos lustros en nuestra patria. No se da cuenta que Pedro el Grande o Stalin, Ivan o Kruschev representan una misma idea: el Imperialismo ruso. Al comunismo para poder coexistir con el mundo occidental habrá que despojarle aun más que de su contenido materialista y ateo, de su sentido expansionista, su sentido ruso.

El comunismo es la Rusia de siempre con una misma norma: la ortodoxia. Política

o religiosa. Y fuera de ella la herejía del papismo o el desviacionismo político del inadaptado Boris Pasternak.

Unos mismos métodos prácticos: la opresión y el terror. La Revolución, Cronos implacable, devorando sus propios hijos. Tan repetido que no llama la atención. Stalin era un ogro; sin embargo aquella era de crimen y purgas pasó. Pero ¿Y ahora? Beria desapareció. Hoy el suelto periodístico del fusilamiento del obeso Malenkov —o su lamentable «accidente» tras un «inteligente» interrogatorio — apenas atrae la atención.

Y el mujik seguirá labrando la tierra para su señor feudal, Conde o Estado, qué más da. El tiene bastante con poder comer y rezar. Pero pensar, no. Eso el mujik no lo habrá hecho nunca en la historia ni lo hará en la Rusia de hoy. Como tampoco Boris Pasternak.

[Ahl Grattez le Russe et vous trouverez le... Russe.]

Noticiario

Película sobre la guerra carlista

En Burgos se está rodando el film «Diez fusiles esperan» basado en un argumento desarrollado en la guerra carlista.

La película la dirige José Luis Sáenz de Heredia y la protagonizan Francisco Rabal y Ettore Nenni, que desarrollan el papel de dos tenientes carlistas y Berta Riazá y Rosita Arenas.

La verdadera Monarquía

por Bruno Ramos Martínez

Si hay un pueblo en el mundo de tradición monárquica, firmemente arraigada, y que no haya conocido otras representaciones de los altos poderes políticos que las Monarquías, es España. No una, sino varias Monarquías convivieron siglos y siglos en esta nación, que los extranjeros, sin distinción de razas ni de ideologías opuestas o políticas, han reputado como el pueblo más libre y más señor del planeta, que se adelantó, en más de un siglo, a las organizaciones políticas más elogiadas de Europa: las inglesas.

Este país no debiera desconocer lo que es la Monarquía, ni dónde estuvo ésta en la época azarosa de la décimonona centuria ni cuáles fueron sus características, sus virtudes y merecimientos, así como sus deformaciones o sus eclipses. Y, sin embargo de esa larga experiencia, que debiera ser maestra y faro luminosísimo que guiara las sociedades y las descubriera las corruptelas y los fingimientos, los engaños y las hipocresías, y evitara que pudieran, no días, ni años, ni lustros siquiera, sino todo un siglo, ser embaucadas y gobernadas por un régimen que España tomó, ingénua, por Monarquía, porque de ella conservaba aquél aparato y aquella solemnidad de ceremonial con que siempre la Realeza, como encarnación del poder, de la suprema potestad que sólo de Dios procede, se ha manifestado públicamente, respondiendo a lo augusteo de la misión que a ella se le confía en la vida, otras formas políticas que en su esencia y en su vida interna, en la organización y en los actos de Gobierno, revelaban un espíritu radicalmente contrario y profundamente distinto de la Monarquía, de la verdadera Monarquía española.

* * *

La Monarquía en España es una tradición, una de las más grandes y más ricas tradiciones sociales. Pero esa tradición, como tantas otras, se cortó, aleve y traidoramente; y desde entonces la vida de España corrió por cauces extraños, por rumbos, en los cuales, cada día, el pueblo se desconocía más y progresaba menos.

Por eso, cuando escuchamos esas diatribas feroces que los enemigos de la Monarquía dirigen contra ella, confundiendo la tradicional y legítima con la del 14 de Abril de 1931, no podemos menos de consignar nuestra protesta y reiterar nuestra fe en aquella institución de nuestros amores y de nuestras esperanzas, que precisamente se ocultó y desapareció para castigo nuestro, abriendo ese largo, inacabable y fatigoso período de nuestra historia, que caminó de desastre en desastre, de vergüenza en vergüenza, y que al cabo de cerca de cien años, en estos que fueron Itálica famosa, no dejó más que ruinas y miseria espiritual.

* * *

Si los ataques que aún se dirigen contra aquél régimen se limitaran solamente al mismo, sin confundir cosas e instituciones tan diferentes e ideas tan distintas, como son ese constitucionalismo estúpido y disolvente y nuestra Monarquía, suscribiríamos todas sus palabras en tal sentido. Y aún añadiríamos muchos anatemas más, porque todos los tienen merecidos. Pero ocurre que que muchos, en su favor antimonárquico o nostalgia de un liberalismo trasnochado, no saben que la sana y verdadera democracia, que en ocasiones se traslucen en sus ataques a la Monarquía, se encuentra en los magníficos documentos con que nuestros Caudillos, como declaración de principios, confesión de fe y fórmula de juramento, han hablado a los españoles. *No son los pueblos para los Reyes, sino los Reyes para los pueblos*, dijo un día, en ocasión solemne, Carlos VII; y era su voz la de cien Monarcas legítimos y el grito que salía del corazón de centenares generaciones que acataron y amaron a sus Soberanos como a sus padres y libertadores que les defendían de la osadía de la nobleza o de los atrevimientos



de los explotadores, llevando a los hogares la paz y a los pueblos la justicia, que, para consagrar mejor lo excelso de su misión y lo grande de su virtud, desde los tiempos más oscuros del medioevo, esculpíanlos como cosa propia y exclusiva de la Realeza, que si un día pudo apropiársela la aristocracia turbulenta, fué contra la naturaleza de la institución.

Cuando tanto interés revelan algunos en condenar la Monarquía, y en atribuir a ésta todos los vicios, defectos y errores de lo caído, poniéndolos en parangón con principios que siempre fueron patrimonio de la verdadera Monarquía, de nuestra Monarquía, pero ocultando esa relación íntima y ese parentesco tan estrecho que las une, ¡qué grande y poderosa es todavía la fuerza vital de la Tradición! Por eso intentan desfigurarla para que los corazones que en secreto y aun sin saberlo la aman, la detesten.

Y mientras no logren arrancar de cuajo esos sentimientos populares, aún podemos tener fe en los destinos y la grandeza de España; aún estamos en condiciones de rechazar tantos planes como se fraguen para destruir la fuerza que atesora la Comunión Tradicionalista, la auténtica, la que legaron a España los Reyes de la Dinastía inocludible a cambio del sacrificio propio, de ríos de sangre y legiones de Mártires. La misma que sus descendientes, los carlistas de hoy, no consentirán que nadie manche su limpia historia poniéndola al servicio del enemigo secular, según pretenden y aseguran con propagandas engañosas voceros interesados en tan malsanos deseos. Es por ello por lo que, una vez más repito, urge la patriótica empresa de unirnos, de estrecharnos, de compenetrarnos íntima, cordial y efusivamente cuantos amamos el Ideal sobre todas las cosas de este mundo, sin miserios egoísmos, sin intereses subalternos.

MEMORIAS Y DIARIO DE CARLOS VII

prólogo, notas, biografías y apéndice de
BRUNO RAMOS MARTÍNEZ

Un volumen de 16 x 22, 477 páginas, 36 grabados, 3 fotocopias de páginas manuscritas, papel superior, y sobrecubierta barnizada, a dos colores, con la efigie, a toda plana,

de Carlos VII

Precio: 125 pesetas.

Los pedidos a Don Bruno Ramos Martínez.— Pelayo, 80.
Apartado 4001. MADRID.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.

que vive en Calle _____

de _____ provincia _____

de _____, se suscribe a «SIEMRRE»

por un año, haciendo el pago por Giro Postal.

Suscripción corriente, 35 ptas. De honor, 100 ptas.

Mayor, 139. PALENCIA

SUS IMPRESOS EN
MAZO -Artes Gráficas-
CARTAS - TARJETAS - LIBROS - FOLLETOS

Mayor, 139

PALENCIA



Homenaje a los mártires
en Galdácano

El día 9 de noviembre se celebró en la iglesia parroquial de Santa María de Galdácano una solemne misa en sufragio de las almas de Juan Cruz Ereño y de los mártires de la Cruzada Nacional, hijos de Galdácano.

La propiedad del trabajo

por Jaime de Carlos Gómez-Rodulfo

Sabido es que el tradicionalismo busca la superación del individualismo liberal, que produjo la indefensión del trabajador primero y su explotación por el capitalismo creciente después, con su secuela posterior de la lucha de clases y la aparición de los sindicatos liberales, polémicos y partidistas, en la reorganización de la actividad laboral y económica

bajo un módulo corporativista, y puramente profesional, que coordine los diversos intereses de todos los factores de la producción y resuelva sus problemas actuales con conocimiento de causa, adecuación de remedios, sentido práctico y auténtico espíritu de justicia.

Ahora bien, entre los problemas laborales más urgentemente planteados en la época

presente, señalaremos uno cuya solución es objeto actualmente de especial y primordial preocupación y que puede resolver satisfactoriamente el corporativismo tradicionalista.

Se trata del problema que podemos llamar «la propiedad del trabajo». Vamos a explicarnos. Al deshacer la revolución liberal los antiguos gremios y organizaciones profesionales,

los obreros, carentes de bienes y de defensa, quedaron abandonados e inermes ante la nueva concepción individualista de la economía. Se vieron reducidos, como denunció Carlos Marx, a la triste condición de esclavos del creciente capitalismo, obligados a ofrecer su trabajo a la puerta de las fábricas, como mercancía en venta, mercancía, por otra parte, cada vez más desprecia-

da como consecuencia de una serie de factores entre los que hay que contar la competencia de la máquina y el exceso de brazos que, desarraigados de sus antiguas ocupaciones, aspiran a emplearse en las nuevas industrias, brotadas al compás del progreso técnico y puramente material propio del siglo pasado.

Y de esta manera surgió el proletariado, la masa ingente y triste de trabajadores hambrientos y explotados, abiertos a la desesperación y propicios a todos los rencores. Y entonces comenzó la lucha de clases, proliferaron las huelgas, con su secuela de represalias, despidos forzados y mayor quebranto de los que, por ser más débiles, tenían menos resistencia. La consecuencia final de todo ello fué que el único bien y la única propiedad que el obrero tenía, su trabajo, ya no era suficiente para asegurarle el digno desenvolvimiento de su vida. Porque el jornal que recibía a cambio no cubría sus necesidades por un lado y, por otro, porque tampoco tenía asegurada su percepción permanente, ya que siempre se cernía sobre él el fantasma pavoroso del paro, en la mayoría de los sitios endémico y por diversas causas en creciente aumento.

Vemos pues como, para el trabajador, la víctima por excelencia del sistema liberal, el problema era doble: insuficiencia del jornal e inseguridad de su percepción. Su situación, por tanto, no estará resuelta más que cuando se le pueda garantizar un salario suficiente y digno, familiar y no individual, y la continuidad ininterrumpida de su disfrute.

Esta es la meta, humana y justa, que pretende alcanzar el actual sindicalismo, en sus esfuerzos por resolver el problema laboral, y esta es la solución que, a nuestro modo de ver, ofrece también el corporativismo tradicionalista.

Se trata de hacer al obrero propietario de su trabajo, que pueda vivir de él digna y permanentemente. Es decir, que todo el que posea una profesión, por modesta que sea, tenga su vida y su porvenir asegurado.

Es preciso, para ello, encuadrar al trabajador en una organización que le proteja y le garantice, amplia y permanentemente, la cobertura de sus necesidades. A tal efecto, los antiguos gremios, no solo aseguran a sus asociados la percepción de jornales justos, que aumentaban conforme aumentaban sus necesidades, y no solo le cubrían los riesgos de enfermedad, vejez y protección de sus viudas y huérfanos en caso de defunción, sino que le garantizaban, también, la continua percepción de su salario

El Papa Pío XII y los Parma

por Ignacio Romero Raízabal

(De «El Diario Montañés»)

En el último número de «Siempre», el concienzudo escritor Melchor Ferrer, publica una interesantísima crónica, que titula «Recuerdos de la vida de Pío XII». Y nos revela cosas hasta el momento inéditas.

El artículo de Ferrer es magistral. Y cierto cuanto narra. Pero como el tema posee una actualidad y una importancia palpitante, me parece oportuno ampliar el relato con noticias que debo a la bondad de don Javier.

Las relaciones de Pío XII, desde que era monseñor Pacelli, con los Parma, se han mantenido sin interrupción durante casi medio siglo, y tuvieron en ocasiones importancia internacional.

El Papa Benedicto XV había encargado a monseñor Pacelli diferentes misiones secretas, en 1916, durante el conflicto europeo, que le resultaron menos difíciles de cumplir precisamente por su amistad con la Emperatriz Zita y con su egregia madre la Duquesa de Parma, a quien visitaba en Viena sin llamar la atención.

Cuando después, en 1918, siendo Nuncio en Baviera, estalló la sangrienta revolución de Kurt Eisner en Munich y fué detenido con otros sacerdotes, de los que fusilaron a muchos, monseñor Pacelli no ostentaba ningún distintivo de su cargo. Pero uno de los jefes rojos, al pasar lista en la prisión, le preguntó:

—Le he visto a usted hace dos años. Estaba usted en la calle hablando con el Padre capuchino X. ¿Es usted amigo de este Padre capuchino?

—Sí, le conocía —respondió monseñor Pacelli— y era mi confesor.

El jefe rojo, entonces, ordenó a tres guardianes que llevasen al preso a una celda aparte, dando a entender que le iba a fusilar, y cuando se quedó a solas con él, le dijo:

—Ese Padre capuchino me ha salvado la vida a mí. Yo había desertado del Ejército y me condenaron a muerte. Pero este Padre hizo tanto por mí, discutió tanto con los oficiales del tribunal en mi favor, que me dejaron la vida. Este Padre capuchino ha muerto hace dos meses, pero yo le quisiera devolver a usted el beneficio, porque era usted su amigo.

Y escondió a monseñor en un carro lleno de paja, y le puso fuera de Munich.

Fué una tarde después cuando lla-

maba un humilde sacerdote a las puertas de la finca del histórico castillo de Wartegg, en Suiza, a la margen del Lago Constanza, que es frontera con Alemania. Este castillo, cuyos recuerdos carlistas evoca la noble pluma de Ferrer, era propiedad de la Infanta la Duquesa de Parma, que residía allí en aquellos momentos con sus hijos, y el sacerdote visitante era el Nuncio Pacelli, que acababa de llegar en una embarcación atravesando el lago.

Se estableció posteriormente en el cercano pueblo de Rorschach, en el convento de las Hermanas de la Cruz, desde donde iba con frecuencia a pasar la tarde al castillo, durante las muchas semanas que tardó el Ejército en aplastar la revolución en Baviera y no pudo volver a Munich.

Benedicto XV le encomendó poco después la Nunciatura de Berlín, y le nombraría Arzobispo. Y fué a quien el Papa hizo el encargo de que interviniera energicamente cuando el Emperador Carlos y la Emperatriz Zita estaban presos en Hungría. Y quien ordenó al Nuncio en nombre del Padre Santo, que visitara al Emperador en la cárcel de Tihany, que hoy es Checoslovaquia. Así como el que trasmitió la orden pontificia al Obispo de Madera, de que hiciera todo lo posible para ayudar a la familia imperial, cuando los ingleses la deportaron a estas islas, donde falleció poco después el Emperador Carlos, por cuya alma el Padre Santo ordenó muchas misas y de cuyo proceso de beatificación se ha ocupado hace poco la Prensa.

Siendo secretario de Estado de Pío XI, la familia de Parma trató con gran frecuencia al Cardenal Pacelli, y cuando fué elegido Papa, una de las primeras visitas que recibió fué la de la Duquesa y sus hijos tratándoles con cariño conmovedor.

Durante su Pontificado iban a verle todos los años, y siempre los recibía con su mirada honda y su sonrisa de santo, recordándoles cosas y personas que había conocido en casa de los Príncipes cuando era Cardenal, o simplemente monseñor, y dándoles consejos en cuestiones muy delicadas y tiempos muy difíciles con un acierto extraordinario.

«Tenía una memoria extraordinaria», me escribe don Javier. Y me cuenta un

sucedido, a renglón seguido, que copio textualmente: «Durante el Año Santo no le quise pedir ninguna audiencia, por no aumentar el cansancio del Papa. Pero un día me vió entre la muchedumbre de gente que había en San Pedro, y un monseñor vino a decírmelo.

—Mañana, a las diez, le espera el Padre Santo.

Me presenté a la hora y me recibió en seguida, diciéndome:

—No dispongo más que de dos minutos... Hace cuatro años he dado cinco puntos para la Acción Católica, y el segundo debe cambiarse, porque no corresponde al día de hoy. Debe decir así...

Y me lo dictó. Yo le dije, admirado:

—Pero, Padre Santo, ¿cómo puede Vuestra Santidad recordar todo esto, habiendo recibido millares de personas en estos cuatro años?

Sonriendo, repuso:

—Es la Gracia de Dios.

—Padre Santo —insistí— no me puedo explicar esos discursos tan importantes como los de ayer en San Pedro en seis lenguas, en italiano, alemán, francés, inglés, castellano y polaco, y tan distintos unos de otros.

—Esos discursos importantes los leo —me replicó.

—Pero ayer —le dije— yo estaba a diez metros del Santísimo Padre y no vi ni un papelito en la mano de Vuestra Santidad.

—Sí —contestó—, leo mis discursos, porque el día anterior los escribo, y al día siguiente los pronuncio leyendo en mi memoria lo escrito y también las correcciones que tuve que poner.

Así se explican esos extraordinarios discursos, tan frecuentes, sobre los temas más difíciles y diversos».

Con sobrada razón pudo acabar Melchor Ferrer su interesante crónica de «Siempre» con el siguiente párrafo, refiriéndose a don Javier: «Así no es de extrañar que cuando seguía en el cortejo entre los Príncipes de Braganza, de Saboya y de Hohenzoller, como representante de la Casa de Borbón, sentía algo que no podían sentir los demás, pues con el Padre de los fieles, llevaba a su última morada al amigo de la juventud, al mentor de sus años maduros y al Padre espiritual que le había confortado y guiado, y al que hacía servicios con sin igual desinterés».

SIEMPRE



Febrero, 1958 — Núm. 1 Ejemplar: 3 ptas.

Depósito Legal — P - 10 - 1958

SIEMPRE, EL ADVERBIO DE LA TRADICIÓN

La Tradición ha recobrado la categoría de santo y seña de lo español. Conforme a su esencia es a la vez crónica mananera y noticia de última hora. Una ley fundamental declara que «España es un estado católico, social y representativo que de acuerdo con su TRADICIÓN se constituye en Reino». Desde las alturas del poder nos llegan acabadas exposiciones de lo que es la Monarquía Tradicional española y en la prensa y en la calle se saborea la palabra Tradición.

Son más oportunos que nunca, su estudio y deslinde.

Porque hay quien identifica todavía la tradición con el tiempo y sobre todo con el tiempo pasado, y quien reduce el tradicionalismo a una tendencia imitativa de la obra paterna, a un criterio meramente inspirador de la política, al papel de un oráculo de circunstancias, a un guión de evocaciones.

A la vista está la arrolladora simpatía que goza todo cuanto se relaciona con la Tradición desde que el pueblo español volvió a darse cuenta de su fibra heróica encarnada en aquellos cien mil requetés de la última Cruzada. Mas sobrenada —cada vez menos, afortunadamente— un poco de la antigua creencia de que la Tradición se dirige más al pretérito que al futuro, siendo así que por naturaleza, está íntegramente al servicio del tiempo que ha de venir.

Recuérdese que el Tradicionalismo se nutre de dos virtudes políticas y humanas inapreciables: la fe y la esperanza. Esta, jamás la pone el hombre en el ayer, sino en el mañana. Las gentes tradicionalistas miran hacia adelante, de frente, y hasta en los titulares de su prensa, siempre simbólicos, se orientaron hacia «el siglo futuro».

Rastros de la impropia identificación de la Tradición con el pasado se conservan en frases como ésta:

«En política interesa más el porvenir que el pasado, más el quehacer pendiente que la obra hecha, más la vida que la historia. Aún cuando deba inspirarse en la tradición la política es, sustancialmente, plan y programa. Y movimiento y progreso siempre que el movimiento sea marcha y avance y el progreso perfección y mejora. Para impulsar la acción política, en fin, más que la añoranza y el recuerdo importan la ilusión y la esperanza».

Permitanos el ilustre político autor de tales palabras que le pongamos algunas objeciones:

En política interesa el porvenir como etapa de un proceso más amplio, como objetivo a alcanzar. Pero el futuro no se conquista con buenos deseos y simples ilusiones, ni se decide a base del misterio que encierra en sí mismo. No puede ser tinieblas y faro, a la vez. Por eso la filosofía instrumental de la actuación política la proporcionan la experiencia del pasado, el sentido de la realidad actual y la noble facultad de prever que integran el prisma triangular perfecto de la visión tradicional.

En el edificio político interesa tanto la base como el remate y sobre todo observar, desde los cimientos, esa ley de gravedad que hasta para Maura en uno de sus momentos de acierto pleno es la Tradición.

¿Qué se va imponiendo en el mundo la necesidad de planificar? De acuerdo. ¿Y cuál es el sistema que por naturaleza permite planificar a corto y a largo plazo, enlazando además de breves planes quinquenales generaciones y edades en fecunda solidaridad? La Tradición. El quehacer político no es sólo plan y programa; es viabilidad y resultado, cuenta rendida, obra entregada, «tradicita», tradición, en suma. De no ser así el político quedaría reducido al papel de un arqui-

tecto soñador que proyectase mucho sin dirigir ni llevar a cabo obra alguna.

Si la cultura es el producto del esfuerzo humano multiplicado por el tiempo, la única norma coordinadora a través de los siglos tiene que ser y es la tradición, vehículo automotor del progreso, corazón social de incesante latir... La mejora es su paso de marcha, la perfección su meta, la acción su esencia.

Claro que si seguimos llamando a la tradición, añoranza, que es su antítesis, no podemos entendernos.

La Tradición no es el pasado, simple dimensión temporal, ni siquiera es tiempo. La tradición es la vida del pueblo, a través de todos los tiempos, la «continuidad misma de la vida social». Es acción y sustancia. En cambio el tiempo es un accidente que establece los mojones de la vida. El tiempo pasa, la tradición permanece.

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

Monárquicos sin complejos

por Jaime de Carlos Gómez-Rodulfo

Parece que se está poniendo de moda en personas, en grupos y hasta en periódicos, revistas y libros, hablar y escribir en monárquico. Incluso por los que no lo han sido hasta ahora, o por los que, si lo han sido, lo han tenido muy prudentemente olvidado y callado hasta este momento. Esto está bien, y nos parece magnífico a los que siempre lo hemos sido y siempre lo hemos hecho. Y nos parece mejor todavía el ver que todos los que públicamente se confiesan hoy monárquicos y hablan de la Monarquía, se dicen tradicionalistas y propugnadores de la Monarquía Tradicional.

Esta confesión pública, puesta en boca de quienes jamás han sido carlistas y han estado vinculados a la Monarquía liberal, o han militado en campos contrarios o ajenos a la Monarquía, representa el reconocimiento de los vicios y errores —de la sin razón— de la Monarquía feneida el 14 de Abril de 1931, y constituye el fallo más terminante y contundente que puede darse al viejo pleito liberal-carlista. Representa, pues, la apoteosis triunfal del viejo carlismo, tenaz defensor de la Monarquía Tradi-

dencial, cuya razón, en lo doctrinal y teórico, admiten hoy, como vemos, sus antiguos detractores y los hijos y nietos de sus más conumates adversarios.

Pero si este reconocimiento y esta conversión, como ya ha quedado dicho, nos alegra y agrada a los jóvenes y viejos carlistas, hay algo, en la actitud de muchos de estos nuevos monárquicos tradicionalistas, con lo cual no podemos estar conformes. Y este algo es lo que llamaremos, su «complejo de monárquicos». En efecto, se nota en ellos un acentuado afán de justificar su monarquismo, de justificar su posición personal, y de justificar, también, lo que es y representa la Monarquía Tradicional.

Y nosotros, los monárquicos tradicionalistas de siempre, creamos que una cosa es explicar y otra justificar.

Cabe, y esto nos proponemos hacer, sin ir más lejos desde esta revista, explicar, al que lo ignora, que es, en qué consiste y que postula la Monarquía Tradicional. Pero entendemos que, como tal, la Monarquía no necesita justificarse.

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

por Mariano del Mazo

I - INTERNACIONAL DE REYES



Ante la amenaza de las internacionales de izquierda surgen las internacionales de derecha. Esto es ya muy viejo y antes de que surgieran las internacionales socialistas había surgido la Santa Alianza.

Instintivamente uno se siente solidario con aquéllos que sustentan ideas afines a las suyas. Pero muchas gentes superficiales no pasan a veces más allá de las meras etiquetas. Así, muchos monárquicos se sienten identificados con cualquier monarquía de otros países. Y para ellos la institución monárquica es por sí sola un signo de identificación de amigos.

Los tradicionalistas hemos puntualizado mucho siempre en este punto, como en todos. Y es por esa razón por la que, por ejemplo, Humberto de Italia, por mucha sangre real que lleve en sus venas no nos inspira ninguna simpatía.

Aparte de su no muy laudatoria actuación personal, como católicos hemos de ver siempre en un Saboya el descendiente de aquellos que arrebataron los estados al Pontífice.

El arniño y la corona, pues, por si solos, no nos dicen nada. Sentimos más simpatía por la República irlandesa, católica y ejemplar en su tenacidad nacional que por una mo-

narquía árabe, con esclavos y tiranía.

La Monarquía, para España fundamental, puede muy bien no serlo para otros países. El Rey, indispensable para un tradicionalista, es solamente un elemento de trilema. Importísimo, pero inseparable de los otros dos: Dios y Patria.

Por ello las vacaciones en barco de familias reales europeas no significan para nosotros más que una simple nota de sociedad. No apoyamos alianzas ni nos desmayamos al ver descender de un navío un pequeño ejército de testas coronadas. Recordamos el pro-

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

SIEMPRE, EL ADVERBIO DE LA TRADICIÓN

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

La tradición es superior al tiempo, pero si para entendernos, a ras del suelo, quisieramos caracterizar con un adverbio la nota de perdurableidad de la tradición, no seríamos exactos empleando ninguno de los que representan a los tres fragmentos ideales del tiempo: ayer, hoy, mañana. El único adecuado es el que sintetiza el total de los tiempos y desafía a la caducidad y a la muerte: ¡SIEMPRE! ¡La Tradición no muere!

SIEMPRE es el adverbio de tiempo al servicio de la Tradición. A la luz de esta innegable idea que vislumbra igual el hombre especulativo que el de la calle que examine la historia de España, se comprenden mejor el acierto de Unamuno cuando dice: «La Tradición es la sustancia de la Historia». El de Menéndez Pidal que define el tradicionalismo «como el único modo de vivir una personalidad fuerte». Y el de García Morente que le reputa «estilo español».

¡La Tradición no muere! Desde esta tierra absoluta de Castilla, entre torreneras de luz y paisajes limpios que invitan a meditar, rogamos a las juventudes de España que consideren «la fuerza que tiene» el adverbio de la Tradición: SIEMPRE:

1833: Merino con 25.000 hombres en torno a Burgos. 1840: Balmaseda, hijo del Duero, prolongando la gesta. 1870 Barrio y Mier en Palencia, sembrando doctrina y el Conde de Orgaz en Burgos, luchando en la paz... Los Hierros... 1932. Zamanillo con el Requeté, Onésimo con el grito «¡Veneremos las tradiciones patrias!» y por fin, ¡1936!

Con la historia en la mano, o con la filosofía política en la mente, unos puntos de meditación:

1.º — La tradición no se confunde con el tiempo, y mucho menos con el pasado. Es la pervivencia de la cultura por encima del tiempo.

2.º — Objetivamente la Tradición es el patrimonio cultural que se recibe, acrecienta y transmite.

3.º — En cuanto al sujeto es el estilo y la forma de ser de los pueblos.

4.º — La Tradición es el único modo de vivir una personalidad fuerte.

5.º — La Tradición es la causa del progreso social.

6.º — Es la norma de la originalidad: «Lo que no es Tradición es plagio».

7.º — En cuanto a la función, es la continuidad misma de la vida social,

¿HABRA GUERRA?

por Juan de Zavala

MONARQUÍOS SIN COMPLEJOS

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

se. Muchos siglos de historia y de gloria, mucha doctrina elaborada por docenas y docenas de tratadistas, y mucha práctica que no puede ignorar más que quien desconozca el desarrollo y la formulación viva de nuestras instituciones tradicionales, la han justificado y justifican suficientemente, haciendo innecesario intentarlo de nuevo.

Pero si entendemos que la Monarquía Tradicional no necesita hoy que la busquemos o inventemos justificaciones, en el aspecto personal, nosotros, los monárquicos tradicionalistas, o sea, los carlistas que, por serlo y por racional e intuitiva identificación con nuestra Patria, hemos defendido y amado siempre a la Monarquía Tradicional, creemos también que no necesitamos defender ni justificar nuestro monarquismo. Al igual que a ninguna persona normal se le ocurre tratar de justificar la honradez de su madre, pongamos por ejemplo, nosotros, hijos de España y por fortuna conocedores de su historia y de sus tradiciones —conocer es amar— estimamos que no necesitamos justificar las convicciones y sentimientos derivados de esa filiación y de este conocimiento. Por católicos y por españoles nos sentimos y somos monárquicos, y de ello nos enorgullecemos sin haber sentido, ni sentir nunca, la menor vacilación, vergüenza o complejo de serlo. Monárquicos sin complejos, aspiramos y queremos que todos los españoles lo sean también, y para ello sin pensar en justificarnos ni justificarnos, queremos explicar e iremos explicando que es, y en qué consiste, la Monarquía Tradicional.

A NUESTRO PARECER

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR
fundó sentido de la Monarquía española: «Sereis Rey, si bien hicierais. Y si no, no lo sereis».

II. - EL VIEJO ARCON

Todo el mundo sabe que los carlistas tenemos un viejo arco.

Pertenecía a nuestros bisabuelos y pertenecerá a nuestros nietos. Es no solo algo material, sino también simbólico. Parece querer expresar la Tradición.

En ese arco guardamos una boina roja. Ya en 1833 cubrió la cabeza de nuestro bisabuelo. Después hubo de guardarla, cuidadosamente, como una reliquia, en el arco. A los pocos años la campaña montemolinista hizo abrir el mueble de nuevo. Y así sucesivamente se sacaba la boina para la guerra y se guardaba en la paz.

Todo el mundo hablaba de esto. Y los hombres sensatos hasta nos elogiaban. Nos llamaban locos, románticos, pero siempre de una manera bondadosa. Los carlistas éramos su guardia civil. En la guerra les defendíamos sus haciendas, sus digestiones, su misa de doce. Y en la paz no molestábamos apena.

«Estos carlistas saben lo que hacen! No quieren gobernar». A estas frases añadian las de «¡Maldita política!» y otras por el estilo.

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

Cuando esto escribo, acabo de oír una charla de Andrés Revesz en que nos da la profecía de que durante el año 1958, no estallará tampoco la tan traída y llevada Tercera Guerra Mundial. ¡Dios le oiga! Porque Revesz alude a un conflicto con todas las de la ley, es decir a una guerra digna versión, pero a la escala correspondiente, de lo que fueron hace unos cuarenta años la primera y hace casi veinte la segunda, y todos nos figuramos lo que ello podía significar para la humanidad.

Ya nos han hablado de estos técnicos y especialistas de todas clases y no han faltado la voz del Vicario de Cristo, en lo que estimamos más insinuante alarma a los hombres olvidados de lo que los conflictos anteriores trajeron de dolor y de ruinas. Se ha hablado con claridad. Los efectos no parecen muy grandes; pero bien evidentemente señaladas han sido las posibles tétricas consecuencias de esa amenaza que sobre nosotros se cierre.

No estaría bien discrepar de todo lo que en esos vaticinios, y más que vaticinios, sobreavisos, se nos ha dicho. Más si podría ser conveniente que en algún sitio aparecieran opiniones consoladoras de cualquier especie. Así fueron, ciertamente, las que nos ofreció SS. Pío XII en su último mensaje natalicio. Había en sus palabras una gran fe en el futuro y todos los que lo hayan oído o leído estarán aún influenciados por su aliento esperanzador. Pero no nos referimos a esto. Pensábamos en algo que, a la masa que lee deprisa la prensa, se fija en los grandes titulares, profundiza quizás en alguna crónica de imaginativo correspondiente, o interpreta a su modo las bravatas de los perturbadores actuales, pudiera neutralizar el efecto producido, generalmente manifestado en una gran incertidumbre, cuando no en un auténtico temor.

Quizás no baste para tranquilizar, ese vaticinio de Andrés Revesz —que tantos, por cierto, viene acertando en sus interesantísimas conferencias y

Para desentrañarlos, nada mejor que la lectura de los documentos reales de la Tradición, desde Carlos V a Carlos VII, desde Jaime III a Don Javier. Ahorraremos tiempo. Y para percibir la hondura de sus esquemas degustemos las construcciones de los pensadores del ayer: Donoso, Balles, Aparisi, Villoslada, Tejado, Nocedal, Manterola, Gil y Robles, Mella, Larramendi o Pradera, o los escritores del presente tradicionalista: Senante, Elías de Tejada, Ferrer, Ramos, Ortiz y Estrada, Solana, Redondo y Zabala, López Sanz, Gamba, Galindo o Marrero. Los de SIEMPRE,

escritos — de que 1958 no verá la tan temida GM-III. Los aplausos, al inteligente hombre de la calle, no le suelen gustar, máxime si para lo que sirven es para que se vayan perfeccionando los medios de guerra, las armas crueles, que se van a emplear en ese conflicto bélico que, por ahora, lo único que estamos consiguiendo es aplazar.

La cuestión está precisamente en esto, en lo terrorífico de las armas conque hoy se ve amenazada la humanidad. Terroríficas por sí mismas, por sus efectos, y terroríficas por los sistemas de empleo que se prevén. No hay más que recordar lo que en la última contienda mundial sufrieron las retaguardias, para multiplicarla hoy por ese número por el que queda multiplicada una bomba de aviación de cien kilos, por ejemplo, para que pueda igualar a la potencia de la más pequeña de las bombas atómicas. Y ahí no para todo.

Pero no era nuestro propósito contribuir aterrorizar al lector. Todo lo contrario. Brevemente queremos opinar sobre la cuestión para señalar un par de puntos de vista. Es el primero el de afirmar que la tercera guerra mundial hace tiempo ya que se está librando. Se está librando de un modo muy distinto al que nos podíamos haber figurado. Quizás en esa forma que algunos han llamado «guerra fría». Quizás en forma de diversas pequeñas «guerras limitadas» como lo fueron la de Corea, la de Indochina. Quizás con batallas económicas, con acciones diplomáticas, con maniobras técnicas. Se dirá que esto no puede designarse con el nombre de «guerra» propiamente dicha. Bien está. No queremos llamar guerra más que al desarrollo de acciones en que se llegue a choques violentos en una forma extensa y predominante, con un «status» peculiar y unas mucho más catastróficas consecuencias. Pero el conflicto existe; no es necesario demostrarlo. Y existe además vivo. Es decir, hay lucha. ¿Hasta dónde puede llegar esta lucha? ¿Puede llegar a esa lucha armada, tal y como la que propiamente denominamos «guerra»? Esto ya es otra cuestión. Posible es desde luego. Probable también. Bastante probable. Aunque es muy posible, por no decir también bastante probable, que el conflicto se resuelva sin tal guerra.

Más esta esperanza no es suficiente para que dejemos de pensar en que el conflicto puede, en un momento determinado, pasar a su forma cruenta. Entonces, podemos preguntarnos: ¿Cómo sería esa guerra, tercera de las mundiales? He aquí nuestro segundo punto de vista. Se suele creer que esta próxima guerra, va a revestir esas formas escalofriantes que antes señalábamos. Técnicamente el término

No se pierda de vista, en la consideración de la situación presente, ninguno de estos tipos de acción o incluso de guerra, como no se olvide la importancia que la llamada «guerra psicológica» y de «propaganda» tiene en la misma «guerra fría»; pero deséchese el miedo desconcertante a una guerra infernal y apocalíptica como la que de algunas referencias periodísticas o no periodísticas podemos deducir.

La política literaria de François Mauriac

Está armando actualmente mucho ruido en Francia el libro de Pol Vandromme «La politique littéraire de François Mauriac», del cual el propio Mauriac ha dicho en «L'Express» que se trata de «un libro innoble», frase que el autor ha utilizado para su propaganda insertándola a continuación del título de su obra en periódicos y revistas.

Vandromme dice que Mauriac lleva su política a su literatura. Una literatura frecuentada por el pecado escrita por quien «se empeña en hacer como si el pecado original no hubiera existido».

No nos extraña que Mauriac, cuyo carácter parece no ser bonancible, se haya enfadado mucho con este libro. Frases como la que define su política, de la que dice que «es una estética en la que el recuerdo, de la embriaguez lírica, de la coquetería verbal han tomado el lugar de la reflexión. Nada de poesía de la razón, sino más bien poesía de la divagación salida de sus más escondidas profundidades».

A Mauriac no le interesa reflejar la realidad, sin duda porque para él la realidad no existe. Todo para él está envuelto en una nebulosa. No le interesa hacer nada, conseguir nada, sino revolotear, piruetear, hacer gestos bruscos y desconcertantes.

Para ello en sus novelas la salvación no aparece como fruto del esfuerzo de perfeccionamiento moral que suscita la gracia, sino de la gracia misma, venida por arte de magia.

Es lo que le ocurre en la política. Mauriac siempre espera al «hombre providencial», que un día será De Gaulle y otro Mendes France. La frase de Vandromme sobre este punto es muy dura: «coartada de los débiles, de los vencidos, que ponen en la criatura que deifican el cuidado de preservarles a pesar suyo».

Mauriac, siempre según su crítico implacable, «no tiene el sentido del orden terrestre, de la fidelidad al pasado, a las relaciones naturales».

Mauriac no es un político con vocación. Para él la políti-

ca es un refugio donde busca un escape a su tragedia íntima.

Todos estos Mauriacs, que existen en Francia como en todos los países, encuentran su réplica apropiada en los centinelas vigilantes que, como ahora Vandromme, no pierden la oportunidad de —como decía el viejo Maurras— «llamar al pan, pan y bandido a Briand». Así a André Allégre, al comentar el libro reseñado le parece muy a propósito decir que Mauriac es un escritor que provoca «una mezcla de disgusto y piedad».

Mirando de reojo a Roma los progresistas siguen con la fe de sus mayores. Pero sin duda sin la fe de sus mayores, pues para ellos el progreso no es «ir adelante», sino salirse del ayer. Aunque no se sepa donde se va ciertamente. Este parece ser el caso del Sr. Mauriac, aliado en la redacción de «L'Express» con esos extraños señores. Un indefinido del brazo de varios demasiados definidos.

Tomás Mena



LA ELECCION DE AMADEO

El sistema de enseñanza por correspondencia no es muy nuevo. Y el de utilizar el telégrafo para cosas tan importantes y serias como nombrar rey de España, tampoco. De esta forma fué escogido Amadeo de Saboya. El general Prim no tuvo inconveniente en declarar que las negociaciones habían sido llevadas a cabo por telégrafo.

Un asunto tan grave como la elección de candidato al trono de España ¿sin un documento firmado por Amadeo aceptándolo? Solo las frías tiras pegadas en el papel de la oficina de Telégrafos.

Corría tanta prisa que no podía esperarse al correo? Las malas lenguas decían, y lo peores que parecía ser cierto, que desde que los Saboyas habían tomado Roma al Papa el correo, como todo, funcionaba muy irregularmente, pues las gentes le habían tomado gusto a la plena libertad.

Llegó el día señalado en que las Cortes iban a elegir rey. Gran aparato de fuerzas por las inmediaciones del Congreso y lugares céntricos de Madrid. Prim deseaba que los señores diputados no fuesen molestados.

Comenzaron las exposiciones, una vez abierta la sesión. Y las hubo muy curiosas.

El Sr. Blanc presentó una pidiendo que no se nombrara

rey de España al ciudadano Amadeo.

El Sr. Vinader pidió que se leyera la Bula de Excomunión de Víctor Manuel (padre de Amadeo).

El Presidente (Ruiz Zorrilla) le contestó que los diputados de la mayoría y los de la minoría estaban curados de excomuniones.

Un diputado pidió se leyieran los artículos de la Constitución que excluían a los extranjeros de ocupar cargos públicos en España.

El diputado Sr. Cabello preguntó si Amadeo juraría la Constitución en español o en italiano.

Se inició la votación, y 191 diputados votaron por Amadeo, 27 por el duque de Montpensier, 8 por Espartero, 2 por Don Alfonso, 1 por la duquesa de Montpensier, 60 por la república federal, 2 por la república española y 19 en blanco.

¿Cómo Don Alfonso, luego Alfonso XII, sólo dos votos? ¿El que iba a ser a los pocos años proclamado rey de España mediante el democrático golpe de estado de Sagunto? Y del duque de Montpensier 27? Cosas y casos del sufragio.

El presidente Ruiz Zorrilla pronunció un solemne discurso haciendo la apología de Amadeo. Dijo que era «buen hijo, buen esposo, buen padre y buen militar. Ponderó su libe-

ralismo de una parte y de otra su sincero catolicismo, recordando a este respecto los servicios prestados a la Religión por la Casa de Saboya».

Nadie se espantó. Los Saboyas acababan de robar los Estados al Pontífice. Pero entre los diputados que votaron a Amadeo había 60 empleados y a última hora se pasaron bastantes montpensierinos y, desde luego, de los que en número de 38 juraron que «Espartero sería Rey de España con honra» solo 8 votaron al general.

EL COMUNISMO Y LA LIBERTAD RELIGIOSA

Veintitrés diputados comunistas italianos han presentado ante el Parlamento una interpelación denunciando la intervención del clero en el terreno electoral.

Radio Vaticano ha replicado diciendo que según los comunistas la libertad religiosa se resume: 1º. Distinción clara y profunda, absurda, entre el papado, la jerarquía y la religión católica. 2º. libertad de religión, sumisión del papado y de la jerarquía católica al Estado. 3º. prohibición absoluta para los católicos de intervenir como tales en la vida política y social. 4º. supresión de la libertad de enseñanza, transformada en un monopolio por el Estado. 5º. acción de parte del gobierno para impedir al Papa y a la jerarquía dar cualquier clase de enseñanza en materia moral y religiosa que estuviera en oposición con las leyes del Estado.

Los Boys - Scouts

por Manuel de Santa Cruz

En los últimos meses algunas revistas han elogiado a los Boys Scouts, como si prepararan su establecimiento en España; otras, han preaviso a sus lectores de semejante intento; han aparecido pequeños núcleos de esta organización en algunas capitales; no ha faltado algún incidente.

¿Qué pensamos los carlistas de este asunto? Todo el mundo sabe cuál es nuestra actitud respecto a una de las teorías extremas de la educación de la juventud. Somos enemigos de cualquier intento de monopolio del derecho de asociación que tienen los jóvenes.

Nuestra concepción ideal es que una Corona fuerte garantice dos cosas: la intangibilidad de las esencias patrias a ella vinculadas, y la libre floración de asociaciones espontáneas y naturales de todas clases que permitan estructurar la sociedad de abajo arriba. Por tanto, deseamos ver aparecer tantas asociaciones juveniles casi como centros de enseñanza, las cuales, además del cultivo de sus aficiones generadoras, tuvieran el deber de colaborar en el régimen interno de esos centros.

Un renacer de asociaciones así fomentado, daría una sociedad multicolor en la que cada individuo, encuadrado en un grupo pequeño, alcanzaría la mayor diferenciación política posible, es decir, su mayor libertad. Queremos municipios, comarcas y regiones; asociaciones profesionales y grados dentro de ellas, todos ellos con sus FUEROS peculiares. Esquema opuesto a la pretensión, hoy tan forzadamente en boga, de una humanidad homogeneizada y gris, «sin distinción de sexo, raza, nacionalidad, credo religioso o político alguno», gobernada por un Super-Estado, Sociedad de Naciones u ONU que con sus organismos UNESCO, FAO, UNICEF, etc., etc., impusiera a los individuos decisiones extrañas a su biología, tomadas muy lejos, sin contar con ellos.

Contrastemos con esta concepción carlista dos características comunes a los dos grupos, católico y no católico, de Boys Scouts, que son:

1.º — Una falta de naturalidad. Su creación es promovida y sostenida desde el extranjero. Si unos chicos salen al campo a adiestrar sus sentidos en la observación de la naturaleza, lo natural, espontáneo y lógico es que no busquen colaboraciones fuera de sus localidades o de las vecinas, aunque no sea más que por su corta edad, cuando no lo explicara la exigüedad de su objetivo. Los uniformes, denominaciones, saludos, contraseñas, reglamentos, etc., a escala internacional, nos parecen desproporcionados al fin perseguido. Los enlaces, contactos, reuniones y burocracia en ese mismo plano internacional, además de desproporcionados y monstruosos, sospechosísimos.

Los contactos internacionales entre científicos, industriales y comerciantes, que deseamos y aplaudimos, consiguen grandes intercambios con un mínimo de organización. En las Internacionales como las que nos ocupan se invierte la fórmula: mucha y

compleja organización para objetivos sencillísimos, para nada... o tal vez para mucho, porque esa desproporción es compañera inseparable de todas las coberturas de imperialismos ideológicos, políticos o militares oscuros.

2.º — Mentalidad internacionalista. Y, en efecto, todo este tinglado sirve a algo más que a la educación física de los chicos. Se les inculcan además de unas ideas que ellos llaman tolerantes y en realidad son laicistas, una mentalidad internacionalista, mediante saludos, contraseñas para casos de ayuda mutua, reconocimiento como «hermanos» a los demás scouts del mundo, etc. De aquí al pacifismo que tanto ha servido a los grandes imperialismos, no hay más que un paso. Así se formara una quinta columna del Super Estado judeo-masónico, que forzosamente chocara con los hombres sencillos y buenos que en sus regiones defiendan su concepción propia de las cosas, su manera de vivir, su libertad, sus fueros.

Un tercer reparo tenemos que hacer. No es político, sino religioso. Se ha denunciado suficientemente, y no solo en España, el espíritu y convivencias masónicas de los primitivos Boys-Scouts de Baden Powell. Los Boys Scouts católicos no han hecho más que ponerse esta etiqueta, sin ninguna reforma esencial en la primitiva organización; el espíritu laicista permanece, y si bien en los países donde los católicos son minoría esto no es grave, entre nosotros sí lo sería y mucho. Prueba de lo inconsistente de esta diferenciación es que en todas partes ambos grupos fraternizan cordialmente lo cual hace presumir, que establecida en España la fracción católica ella misma en corto plazo ayudaría al establecimiento de la otra.

Renuncien los promotores del intento a mimetismos y contactos extranjeros y extranjerizantes, y en buena hora impulsen el amor a la naturaleza en miles de asociaciones sin doblez que ya existen en toda nuestra patria.

A NUESTRO PARECER

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

Otra guerra, la de Liberación de 1936, nos obligó nuevamente a sacar las boinas del arcón. Pero cuando, concluida la lucha, fuimos a guardarlas, vimos con sorpresa que el arca no cerraba. ¡Tanto abrirlo y cerrarlo!

¿Qué hacer? No podíamos guardar las boinas. Una polilla hambrienta podía estropearlas. Y, estando el mueble abierto, pudiera ser que un desaprensivo robara la prenda y se la colocara en su cabeza. Porque los carlistas nunca nos pondríamos un gorro frigio, —pongo por caso—. Pero no todo el mundo es tan escrupuloso. Y por ello esta vez nos decidimos a no guardar la boina. Y a llevarla ya para siempre. La leyenda del arcón ha concluido.

Pues si vemos

EL PRINCIPIO DE INDISCRIMINACION DE LOS CONTRARIOS

Ya desde tiempos del escepticismo antiguo se utilizó como una prueba a su favor la insuficiencia de la palabra para expresar la verdad y lograr una verdadera comunicación entre los espíritus. Las palabras, siempre en un número limitado dentro de cada idioma, son a modo de moneda de cambio, especie de bien mostrencos, incapaces de traducir la matización siempre nueva y personal de cada pensamiento; incapaces por lo mismo de transmitirlo a otra mente que lo recibirá deformado y basteado, y lo interpretará asimismo con iguales limitaciones.

Aún hay que añadir a esto la carga sentimental que cada palabra recibe del sistema de creencias y de valores en que cada hombre ha vivido intelectualmente y el poder de evocación que después conservará al ser pronunciada.

Hubo una época en que el intercambio de ideas en el seno de nuestra civilización se realizaba en un solo lenguaje culto (el latín) y bajo una sola comunidad fundamental de fe y de valores (el cristianismo). Fué entonces posible una labor de afinamiento conceptual y terminológico como la que supuso el método escolástico. De aquella relativa precisión de concepto y de método pudieron nacer incluso mentalidades como la de Raimundo Lulio que creyó posible un arte general del pensamiento y un lenguaje universal y demostrativo para el diálogo con otras civilizaciones, particularmente con la musulmana.

En nuestro mundo cultural, en cambio, se ha perdido una y otra unidad. Hay en él una pluralidad de lenguas y, asimismo, una escisión profunda de convicciones radicales con sus correspondientes sistemas axiológicos que engendran la mayor confusión terminológica. En cualquier reunión o congreso en que se trate de cuestiones generales de carácter político, social, reli-

gioso, etc., contienen mentalidades formadas en dos sistemas de convicciones y valores radicalmente diferentes entre sí: cristianos y marxistas. Ambos tienen, sin embargo, algo de común: poseen una concepción de la realidad a la que otorgan su fe y hacia la que se sienten ligados por una relación de deber. En todo lo demás su sistema de creencias, valores, problemas y soluciones es, más que distinto, contrario.

Y, frente al aspecto común de estos contendientes, existe un tercer grupo de hombres cuyo lenguaje y categorías son también diferentes: el de los que podríamos llamar conviventes o liberales en el sentido profundo de este término. Estos son, aparentemente, los más fáciles conversadores porque su misma estructura intelectual les inclina a la comprensión, de la que hacen un imperativo, y a la tolerancia, de la que hacen virtud. En apariencia también, hacen a menudo el papel de mediadores avenentes entre los otros grupos de convicción. En la realidad, sin embargo, constituyen el interlocutor más difícilmente conversable, si se entiende que la conversación tiene como objetivo mínimo el intercambio real, de ideas y, como máximo, el convencimiento. En efecto, para quienes las ideas generales son, por principio, asunto individual, y el orden moral y social debe basarse solamente en la convivencia, la actitud mental se convierte en la del espectador, las ideas pierden su valor intencional o trascendente, y la conversación se hace fin de sí misma. Resulta así más fácil la conversión religiosa de un comunista o, simplemente, su previa y auténtica comprensión, que la de un liberal tolerante.

Así, pues, existen por una parte las dificultades inherentes a todo lenguaje

en su expresión y en su comprensión, y, por otra, las resultantes de las distintas y contrapuestas mentalidades y concepciones del universo. Pero, dentro de cada una de éstas, actúa a su vez una fuente permanente de incomprendimiento y de males interpretaciones que es a lo que quiero referirme particularmente.

Se trata de lo que podríamos llamar «principio de indiscriminación de los contrarios». En virtud de él cada una de estas tres concepciones radicales de la existencia tiende a englobar a las demás en una sola y evolutiva unidad cuyo sentido e intención estriba en oponerse sistemáticamente a ella misma. Nosotros sufrimos ese principio de incomprendimiento cuando, por ejemplo, el marxista engloba a cristianos, liberales, existencialistas, etc., bajo la etiqueta común de burgueses o productos de la burguesía. Tendencias tan ajenas históricamente entre sí como las religiones, el capitalismo o el romanticismo son para el marxista superestructuras o productos de un solo estadio periclitado de la economía: el mundo de la burguesía.

Análoga sorpresa e incomprendimiento experimenta el marxista cuando se ve englobado con judíos masones y liberales en una sola conspiración universal conta el cristianismo. Y lo mismo acontece a unos y otros cuando el liberal engloba a cristianos y marxistas bajo el concepto de «sectas», «prejuicios» o «posiciones de tesis» productos de la ignorancia que se opone al reñido de la razón y de la comprensión universal.

Es cierto que toda convicción o actitud humana entraña de por sí una congruente filosofía de la Historia en la que hombres y grupos del pasado adquieren una significación que quizás ellos desconocieron, y también que el

sentido y desenlace de la Historia coincidirá con la concepción objetivamente implícita en aquella confesión que sea verdadera. Pero no es menos cierto que el hombre, por el hecho de professar una fe o prestar adhesión a unas creencias, no posee la auténtica interpretación de la Historia que a ellas corresponde. El hombre propende, sin embargo, a manejar los hechos históricos forzándoles una interpretación de acuerdo con sus convicciones hasta forjar una trama cuyo desenlace suele culminar —o anunciarse al menos— en los tiempos del que interpreta. Para realizar estas síntesis y encajar hechos, figuras y movimientos en este acontecer argumental le es preciso al hombre englobar a cuantos resultan hostiles o simplemente ajenos a su convicción inspiradora y valorar entonces sus palabras, doctrinas e intenciones desde esta interpretación unilateral. Las deformaciones de la realidad, los equívocos de lenguaje y las desconfianzas que de ese origen resultan son incalculables.

Para evitar esa fuente constante de incomprendimiento no es necesario, como pretendería el liberal tolerantista, prescindir de la fe o sistema de convicciones que oriente los propios puntos de vista; antes al contrario ello nos haría incurrir en un nuevo y más peligroso englobamiento de todo lo que no sea eso, negando sentido real a cualquier concepción objetivista o trascendente. Lo necesario es usar de humildad en nuestra facultad interpretativa o de síntesis considerando que, aunque la Historia posea una trama y un desenlace, nosotros no poseemos su secreto sino sólo Dios desde quien la vida de los hombres y de los pueblos puede ser solo un instante en el acontecer de los tiempos y en la escatología universal.

Monarquía y Monárquicos

Es en la tranquila calma de una ciudad de provincias, donde las perspectivas históricas adquieren amplios relieves y las preocupaciones políticas se embalsaman con la ruidosa serenidad de la vega. Las voces llegan a la real Granada apagadas de sus discutidoras contorsiones y los problemas aparecen en este mi retiro con su más desnuda realidad en un esquematismo quijotesco. Y en esta paz del Darro y del Genil, tan sólo perturbada por lejanos viajeros deseosos de embeber el aire de la Alhambra, la Monarquía se nos antoja por sus monárquicos.

He visto monárquicos que llenan su conciencia de la majestad y boato con que la Monarquía se ha vestido en algunas épocas históricas, como el viajero que venido a Granada la recuerda por su Generalife en un atardecer de primavera. La coronación, las paradas, las monterías... actos que recrean el espíritu como la forma de una gran obra artística. El Rey aparece figura central de esta magistral re-

presentación histórica, y cortejo y protocolo son los dos ingredientes que la imprimen carácter. La romántica imaginación individual eleva así a su Monarquía por encima de la política y de los propios intereses de la nación.

Hay monárquicos de inercia. Hombres que por un mal recuerdo se refugian en la Monarquía como prenda de seguridad, sin parar mientes en su contextura. Nos recuerdan aquel amigo que en el bar pide siempre vino tinto, porque en una ocasión le sentó mal el de Jerez. La Monarquía para éstos no es más que una forma de vida colectiva.

Ante la Monarquía al servicio de intereses económicos y sociales, surgen los monárquicos que medrar pretenden. «Mi amigo, el Rey» se les imagina pasaporte en regla para colmar sus pretensiones. La clase, la situación, la sangre, son circunstancias que aconsejan pedir una Monarquía, que será también de clase, de situación y de sangre. Su característica en el fondo, es la

ambición, semejante a los republicanos que preconizan una República pensando en las posibilidades de ser sus presidentes.

Otros monárquicos ven en la Monarquía una forma de gobierno, como el viajero llegado a Granada que la aprende tal cual producto histórico y entiende su arte según una expresión del espíritu y forma de cultura. Igual que Granada no se les antoja por el Generalife en un atardecer de primavera, no consideran a la Monarquía por lo que de espectacular tiene, sino que la creen por su más íntima función, por su propia razón de ser. Para éstos la Monarquía no es simple refugio de seguridad, sino razón histórica de su vivir político. Tampoco la interpretan como medio de medrar o situación de ventaja, sino como defensa social e individual frente a grupos o clases que pretenden arrogarse el dominio de la opresión económica o política, y sobre la que en todo caso siempre está pendiente el juicio a cerca de su legitimidad en el gobierno.

Todos de alguna manera sueñan con la restauración de su Monarquía. Aquellos tres grupos primeros merecen llamarse especuladores, éste último, realista; liberales los unos, el otro tradicionalista. Son especuladores, o porque no ven en la Monarquía más que un espejo —speculum— de elegancia, o porque la ponen al servicio de sus particulares intereses. Son realistas, puesto que piensan en la Monarquía tal y como es, como una forma de gobierno y al mismo tiempo como una forma de vida política. Porque la dinámica del gobierno está fuera de las manos reales y se encomienda a grupos o presiones políticas, son liberales los primeros. Porque el monarca tiene responsabilidades políticas y de alguna manera participa en las tareas de la res pública, son tradicionalistas los últimos.

En realidad los liberales con sus argumentos caván la fosa de su propia Monarquía, pues creen en una fantasmagórica institución. Y nos viene a la memoria dos restau-

raciones que quedan como permanentes lecciones de la historia: la francesa y la española de Cádiz. Ambas surgieron sobre las cenizas de una República y se acabaron sobre los ardientes leños de otra República.

Pero como el Rey, lejos de ser un fantasma o un medio de operación, significa la defensa del pueblo y lleva consigo la más alta representación de la comunidad, toda Monarquía basada en estos principios cimenta su permanente vivir a lo largo de la historia y da razón de su existencia. Porque la Monarquía interesa por su función de gobierno, y el monarca por el servicio que a dicha función presta. Aquí el mejor vasallo es el Rey... y ésta es la Monarquía tradicional.

Sea que el partido carlista forme héroes, o que hayan de ser héroes los que deban formarlo, lo cierto es que se necesita un templo de alma muy superior para ser verdaderamente carlista. MANTEROLA

lo presente

Ramón Otero Pedrayo

El 5 de Marzo de 1958 se jubila de su cátedra universitaria el profesor Ramón Otero Pedrayo, el don Ramón de Galicia por autonomía en el cariño de sus admiradores y en la entrañada sensibilidad gallega. Porque él es el máximo estandarte cultural de un regionalismo hispánico, en esta columna hemos de cantar sus alabanzas y formularle nuestros reproches.

Los movimientos políticos regionalistas en la península nacieron bajo el signo del positivismo, cuando todavía no había empezado a empujar en el horizonte del pensamiento el peso filosófico de la historia. Por eso hablaban de nación y no de tradición, buscando las diferencias entre los pueblos en rasgos físicos o psicológicos, en la geografía o en el lenguaje, en la montaña o en la voluntad flor de un momento, nunca en los reflejos de los datos físicos o psicológicos sobre el devenir humano. La dulce nostalgia romántica que impregna los renacimientos literarios fecundó doctrinas positivistas y caímos en el absurdo ilógico de los lamentables «hechos diferenciales», que tanta sangre han costado a las últimas generaciones nuestras.

Valenti Almirall, educado a los pechos de Pi y Margall y nieto ideológico de Proudhon, esculpió la visión positivista de la nación catalana; siendo eco de sus tendencias el regionalismo de Llglas y de Esquerres, con menosprecio de que nada menos que un Torras y Bages, antes del giro historicista de la especulación germánica y a fuer de aferrado a las rocas vivas del pensar tradicional, mantuviera enhiestos los perfiles de un entendimiento tradicionalista —y por ende ni positivista ni nacionalista— de Cataluña. Siendo peor aún el caso de Euskalerría, porque Sabino Arana adolecía del complejo local de la pugna con el carlismo, por lo que su ideología cayó a la más inconexa mescolanza de catolicismo y positivismo en un nacionalismo que es la caricatura ridícula de la Tradición política.

En Galicia el proceso fué distinto. El despertar literario gana calidades en la segunda oleada romántica, al tercer tercio del siglo XIX. Pero todavía Rosalía de Castro cifra Galicia en la contraposición del verde paisaje nativo frente a la sequedad de las llanuras castellanas y todavía Eduardo Pondal se queda en la naturaleza esteriotipada que es el celtismo de los dólmenes y de las carballeiras.

Cambiar la idea de la nación positivista en la de la tradición historicista fué la tarea de Ramón Otero Pedrayo. En su

Ensayo histórico sobre la cultura gallega, escrito medio siglo más tarde que las poesías de los precursores, en 1933, Galicia en unidad cultural, en lugar de dato físico, valiendo por quehacer histórico y no por raza celta o por paisaje verdecido. En la medida en que opera el cambio Ramón Otero Pedrayo es el redescubridor cultural del tradicionalismo gallego.

Lo lamentoso fué que ese giro, tan brillante y tan certero, tuvo lugar desde el hondón de la Trasalba nativa y que don Ramón no aplicó con fidelidad por entero aquella su superación del positivismo político. Después de definir a Galicia como entidad cultural, por encima de los rasgos de la geografía o del idioma, ciñó el devenir secular de su pueblo precisamente al uso del idioma. Con lo que dejó fuera de la esquemática de la historia patria nada menos que aquellos dos siglos XVI y XVII que, si significan el obscurecimiento del gallego en cuanto idioma lite-

raryo, suponen la aportación gallega a las empresas universales de la monarquía católica sin mengua del federalismo tradicional, antes con autonomía para las juntas de provincia cuya memoria parece haberse perdido para siempre. En la edición última del *Ensayo*, la traducción impresa en Lisboa en 1954, despacha en cuatro páginas, las que van de la 172 a la 175, esa etapa decisiva y galleguísima. Nadie como don Ramón, que sabe como nadie cuanto a Galicia se refiere, ha de comprender la injusticia de tratar los dos siglos máximos con espíritu de campanario, valorándoles con módulos filiológicos tras haber rechazado con acierto el criterio positivista de lo filológico a secas.

Algo semejante le acaece con el carlismo. Porque en las páginas 208-209 del *Ensayo* nos declara que los carlistas de su tierra no defendieron como los de otras partes de las Españas la personalidad histórica patria, les condena al menospre-

cio. No veía que eran los portavoces armados y políticos de su magna empresa cultural. Cayó en idéntico yerro al que sufrió medio siglo atrás otro aristócrata de las letras, también con un don por autonomía: don Marcelino Menéndez y Pelayo. Como don Marcelino, don Ramón fué un campeón de la tradición cultural, que no entendió los senderos de la tradición política. Sentó las premisas para la intelección de Galicia, tal como don Marcelino cavó los cimientos para la intelección de las Españas. Pero quedaron en Moisés políticos, oteando desde las cimas de su sabiduría el paisaje cálido de la tierra prometida en la que no llegaron a plantar sus pies de pensadores. Los actos de los dos no definen su entera condición histórica. Porque Menéndez y Pelayo es mucho más que un canovista de 1890 y Otero mucho más que un galleguista de 1931. El porvenir ha de juzgarles por los méritos de sus respectivos tradicionalismos culturales y por el

inconcebible fallo de no haber apurado las consecuencias reales que en ellos iban seminadas.

Hay un fenómeno psicológico, misteriosísimo, con los hombres del oportunismo. Con José Bonaparte fueron afrancesados. En las oscilaciones de Fernando VII, entre la Constitución y la no Constitución, oscilaban ellos también, pegados siempre al partido que triunfaba. Entronizado el monarquismo constitucional, fueron monárquicos constitucionales. Triunfante la República, son republicanos; si triunfa el socialismo, serían socialistas; si el bolchevismo, serían bolchevistas; y tradicionalistas en cuanto triunfe el tradicionalismo, aunque tengan probado que es lo que más detestan. —FABIO.

La fe es un conquistador que sólo vive conquistando. El que la posee, cuando no puede conquistar con la palabra y con la espada, conquista con el ejemplo. No rendirse cuando los demás se rinden, es pactar con el deber y con una victoria. —MELLA.

El Capitalismo ante el Tradicionalismo.

El Tradicionalismo en cuestión social ha defendido siempre la doctrina social de la Iglesia, en su integridad, sin recortes conservadores, ni deformaciones liberales, demócratas, o socialistas. Esto se puede comprobar en su historia política; ha estado en la vanguardia de los avances sociales con la Iglesia, y ha polemizado esforzadamente con las desviaciones erróneas derechistas e izquierdistas.

No hace mucho escuchábamos en Montejurra que el ejemplo del Rey, primer servidor de la Patria, será norma de conducta para quienes no creen en la existencia de límites sociales en el uso de la propiedad.

Y en un documento reciente de D. Javier de Borbón, se lee un llamamiento a todos los españoles que comparten un mismo sentido antiliberal, y de inquietudes sociales, dentro de la concepción de la Monarquía Tradicional.

Una cosa es defender la propiedad privada y otra el capitalismo liberal, lo mismo que son dos conceptos antagónicos el de monarquía tradicional y monarquía liberal.

Los católicos y, por ende, los tradicionalistas, defendemos la institución de la propiedad privada, por múltiples razones filosóficas y jurídicas y, principalmente, porque como nos ha recordado Pío XII, con ello se propone un elevado fin ético-social: conservar un elemento de orden social, un presupuesto necesario para las iniciativas humanas, un impulso al trabajo en los fines temporales, y un modo de sostén y defensa de la libertad y de la dignidad del hombre.

Recordemos los siguientes puntos fundamentales: «La Iglesia ha reconocido siempre el derecho natural de propiedad. León XIII enseñó que para todo recto orden económico y social debe ponerse como fundamento inconcurso el derecho de la propiedad privada».

La propiedad privada es, principalmente, fruto natural del trabajo, sirve para asegurar y desarrollar la existencia del trabajador y de su familia, y crear para él y para los suyos un campo de justa libertad, no solo económico, sino también político, cultural y religioso; con ello se defiende la dignidad del hombre y la salvación de su alma.

Con razón dice el Papa, que un orden social que niega el principio o hace prácticamente imposible o vano el derecho de propiedad, tanto en los bienes de consumo como en los medios de producción, no puede ser admitido como justo en la conciencia cristiana.

Ahora bien; también se recuerda que el derecho de propiedad privada es, desde luego, *un derecho cargado de deberes sociales*, aunque no una función social exclusivamente, como erróneamente se ha sostenido.

Frente a esta afirmación de la propiedad privada, se encuentra la condena del sistema capitalista, del capitalismo liberal.

La Iglesia no puede aceptar aquellos sistemas que reconocen el derecho de propiedad privada según un concepto completamente falso y están, por consiguiente, en oposición con el orden social verdadero y sano. El capitalismo, si se basa en prin-

cipios de errónea concepción, y se arroga sobre la propiedad un derecho ilimitado, sin subordinación alguna al bien común, está señalado como contrario al derecho de naturaleza.

Se describen perfectamente las características de este capitalismo: excesivas concentraciones de bienes económicos, ocultos frecuentemente bajo formas anónimas que logran sustituirse a sus deberes sociales, y poner casi al trabajador en la imposibilidad de formarse para sí una propiedad efectiva; fabulosas riquezas que dominan la economía privada y pública y no pocas veces hasta la actividad civil.

En otra alocución Pío XII insiste en que el capitalismo es un sistema económico cuyas graves consecuencias la Iglesia más de una vez ha denunciado, así como los abusos del capital y del mismo derecho de propiedad defendidos y promovidos por tal sistema; y que el capital y la propiedad deben ser instrumentos para la producción en bien de la sociedad; advierte sobre «los errores de los dos sistemas económicos —capitalismo y comunismo— y de las dañosas consecuencias que de ellos se derivan, males antes denunciados y tan largamente extendidos».

Estas ideas siempre han sido defendidas por el tradicionalismo español, y es una satisfacción contemplar su acierto político, al atacar al liberalismo desde hace más de un siglo, anticipándose a las corrientes políticas modernas. El P. Villaine, en su libro reciente, combate el capitalismo liberal, en lo que tiene de liberalismo, que es mucho.

Los hechos también lo han demostrado. Los capitalistas liberales nunca militaron en el tradicionalismo español, sino en los partidos políticos que defendían sus intereses, incluso durante la república; el tradicionalismo defendió ideales y legítimos intereses, pero no injustos privilegios y monopolios económicos, capitalistas o financieros.

En el carlismo no hubo capitalistas liberales, sino propietarios, la mayoría modestos, y trabajadores; por eso tuvo su mayor contingente de seguidores en Navarra, las Vascongadas, Cataluña, Castellón y Levante, donde tan difundida estaba la pequeña propiedad, y existían trabajadores bien retribuidos.

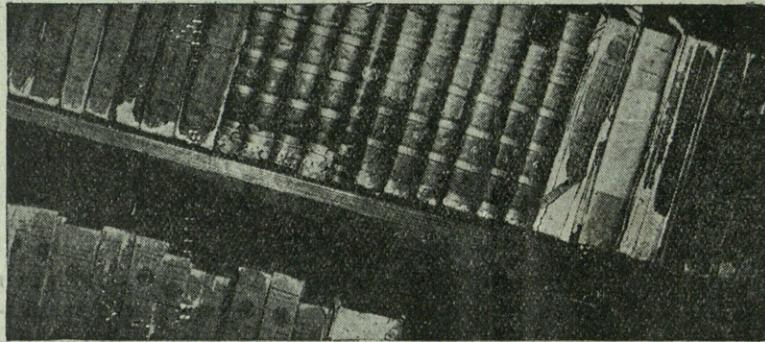
Los monárquicos terratenientes no se alistaron, por lo general, en tiempos de la república, en los partidos monárquicos, para defender sus ideales, sino en los partidos que colaboraron con la república y protegían mejor sus intereses.

El Tradicionalismo español siempre ha combatido los grupos de presión económica y los monopolios que forman. En este caso si que está justificada la intervención del Estado para defender a la sociedad y al bien común del egoísmo económico de estos grupos de explotación.

Por estas razones el Tradicionalismo está enfrente de este sistema capitalista y de los monopolios económicos enquistados en el Estado; defendemos la propiedad privada para el mejoramiento de los trabajadores, y como postulado fundamental de un orden social cristiano.

por Francisco Elias de Tejada

por Miguel Fagoaga



Breve Historia del Legitimismo Español

por Melchor Ferrer. "Ediciones Montejurra". Madrid. 1958. 140 páginas. 45 pesetas.

Sale a la luz el tomo primero de «Ediciones Montejurra» en el momento más oportuno. Ya lo advierte el prologuista del libro que reseñamos cuando dice de la Tradición que «todos intentan falsificarla o apropiársela» los enemigos declarados, calumniándonos de arqueólogos políticos; los falsos amigos procurando seguir el cómodo expediente de recortarla a los entecos horizontes de un discurso famoso de Menéndez y Pelayo o de ciertas páginas de Ramiro de Maeztu». Cuando todo el mundo habla de Tradición es lógico que queramos también los tradicionalistas, los que en todo tiempo y lugar llevamos la oportuna e importuna boina roja, los de siempre.

Y no ha podido elegir más adecuado libro una Editorial que quiere dejar bien sentado desde sus comienzos que es carlista. Porque la «Breve Historia del Legitimismo Español» de Don Melchor Ferrer es un libro auténticamente tradicionalista escrito por quien ha entregado su entera vida a la

Causa de la dinastía insobornable.

Muchos libros se han escrito sobre la Historia del Tradicionalismo español y muchas veces hemos tenido que lamentar malicias y ligerezas. Por ello el libro que comentamos viene a ser clave, pues a su rigurosidad histórica —no olvidemos que está escrito por un veraz testigo— une la virtud de la concisión. En 140 páginas está resumida la historia toda del Carlismo, con sus guerras y sus crueles paces con sus luchas en campo abierto y sus persecuciones por manos blancas y mandiles bordados.

Y hay algo más en el primer tomo de «Ediciones Montejurra», algo que se ha echo muy pocas veces. La historia íntima del partido carlista, sus vicisitudes internas, con los desencuentros y traiciones de los débiles y ambiciosos. Y sobre todo esto la supervivencia con toda su pureza de la gran Comunión que nunca regateó el sacrificio y venció a las calumnias y a los silencios.

Y si Maroto no acabó con el

carlismo, tampoco acabaron los distintos marotos que nunca faltaron. Porque, como decía Don Manuel Fal Conde: «Si de doce apóstoles elegidos por Cristo salió un Judas, ¿qué de extraño tiene que del Carlismo hayan salido otros Judas! Pero la Comunión siempre superó las crisis y los traidores no lograron jamás sus objetivos.

Leyendo el libro de Don Melchor Ferrer puede comprobarse una vez más cómo la actuación del Tradicionalismo español fué acertada siempre. Tuvo un sentido político y una oportunidad admirable. Y tuvo también la gran oportunidad de nadar contra las corrientes y la suerte de no ahogarse.

Sobre todo los últimos años del Carlismo, los períodos poco estudiados del gobierno de Don Alfonso, la República y la intervención decisiva en el Movimiento son de un interés indudable. Por la cantidad de datos que aporta y por la rigurosidad de los mismos.

Gracias de nuevo tenemos que dar a Don Melchor Ferrer, a quien el Carlismo debe un homenaje nacional, por haberlos dado una síntesis maravillosa de la Historia del Legitimismo Español. Quien ha sido un modelo de lealtad era el más indicado para hacer la Historia de la Lealtad. Y cuando concluya su grandiosa «Historia del Tradicionalismo Español», de la que, gracias a Dios, faltan ya pocos tomos, los historiadores y estudiosos tendrán una obra de consulta única. Ahora nos entrega con esta concisa historia el manual indispensable para el conocimiento de la Historia de la España contemporánea.

Oímos y Leímos

William Clark en «The Observer» hace un estudio sobre la actual situación india explicando cómo su crisis económica se debe a que Nehru y Menon «mostrando su superioridad moral» sobre Occidente consiguieron perder la ayuda americana.

«No muerdas la mano que te da de comer» —advierte Clark «al menos hasta que no haya terminado de darte de comer».

Pero —concluye— «nosotros haremos también mal ahora

diciéndole a la India que se aguante hasta que aprenda a comportarse mejor».

CIERRA SUS PUERTAS EL «FOLIES BERGERE»

A causa de las huelgas de maquinistas el famoso «Folies Bergerre» ha tenido que cerrar sus puertas. Con este motivo comenta Pierre Gaxot en «La Vie Française»: «El público viene si es atraído, si es bien recibido, si tiene la esperanza de pasar una buena velada. No viene para ser puesto en la puerta como un simple embajador de Francia en Túnez».

Brigitte Bardot gana actualmente 45 millones de francos por cada película que interpreta.

Una marca francesa de helados ha insertado un anuncio el que aparecen diversas figuras históricas que se han prestado galantemente a intervenir en el anuncio.

María Antonieta, por ejemplo, aparece ante un helado exclamando: ¡«Me vas a hacer perder la cabeza!»



Mariano del Mazo

No curo de sus ficciones

Tres films sensacionales

Entre las películas estrenadas recientemente en París —y que esperamos no tardar mucho en verlas aquí— hemos de destacar tres, cada una de un estilo, pero todas ellas con carácter sensacional.

EL PUENTE SOBRE EL RÍO KWAI es un film de guerra. La acción se desarrolla en la jungla tailandesa durante el pasado conflicto mundial. Un regimiento inglés cae prisionero al día siguiente de la rendición de Singapur y es enviado a un campo de concentración japonés. Los soldados conservan un orden admirable, marcan el paso y sustituyen la música de una posible banda militar silbando marchas.

Esta moral es posible gracias al coronel Nicholson, oficial de espíritu y energías a toda prueba. Un hombre que no se conforma con la vida monótona del prisionero de guerra y para no permanecer inactivo cons-

truye con la ayuda de sus soldados un puente de madera sobre el río Kwai.

El jefe del campo, el coronel Saito, quiere poner a prueba al militar inglés. Le ordena trabajar como un soldado más. Nicholson se niega. Un oficial, según la convención de Ginebra, no puede ser obligado a trabajar con sus propias manos. Saito utiliza todos los medios; le golpea, le humilla, le amenaza con fusilarlo. Todo inútil. El jefe japonés, que necesita que el puente sea construido, cede, pues Nicholson se niega a ordenar trabajar a sus soldados y estos, disciplinadamente, respaldan a su coronel.

—Ahora —dice Nicholson— vamos a demostrar a estos bárbaros lo que saben hacer la disciplina y el genio británicos. El puente queda construido en el tiempo fijado.

En este momento surge un

incidente. Un marino americano, prisionero en el mismo campo, logra evadirse y a la cabeza de un comando marcha a destruir el puente que construyeron sus compañeros.

El coronel británico, habiendo descubierto la carga de dinamita colocada para volar el puente, y no queriendo ver destruida su gran obra, pone en guardia a los japoneses. Y estos abren fuego contra el comando. Pero comprendiendo inmediatamente el horror de su acción, él mismo, herido de muerte, corre a volar el puente.

Los personajes: Alec Guinness (Nicholson), Sesue Hayakawa (Saito) y William Holden (el marino).

LAS NOCHES DE CABIRIA es la nueva producción de Fellini, el director de «La strada», que interpreta igualmente Juilletta Massino. Cabiria es una joven ingenua. Un amante intenta robar su dinero y para ello no vacila en arrojarla al agua. Cabiria huye aterrizada.

Encuentra a un célebre actor y en cierto momento presencia por el ojo de la cerradura la escena de su reconciliación con la mujer que ama. Cabiria descubre el amor. Para ella desde este momento este amor es el mayor bien que se puede de-

sear. Se lo pide a la Virgen. «Para salvarse del amor popular —dice Dominique Aubier— Cabiria se dirige a la figura sagrada del amor celeste».

Esperando que la Virgen la envíe el amor exigido Cabiria se decide entregarse al amor ideal. Durante una función de cine se pone en manos de un fakir para vivir su propio sueño.

Un espectador entra en el local y se da cuenta de todo. Marcha con Cabiria e intenta arrojarla al agua para robarla su dinero.

La película comienza y termina con la misma escena. Se diría que la joven ingenua es el símbolo de la fácil presa para ser destruida por el mal. Hay que destacar en este film la cuidadosa escenografía, con sus fondos simbólicos. Se la considera como la obra cumbre de Fellini.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS. De nuevo Cecil B. de Mille ha llevado a la pantalla el argumento que le hizo famoso en 1917 en el cine mudo. Una película en la que nada se ha escatimado: pantalla panorámica, tecnicolor, treinta mil extras, dos mil quinientos coches... Nada excepto la fidelidad argumental. El espectador queda un poco extrañado al

contemplar los amores de Moisés con Nefretiri y otras cosas que no vienen en la Biblia, pero que al Sr. De Mille le han parecido cinematográficas.

Los decorados son magníficos. Tiene uno la impresión de que está viendo una revista musical de gran estilo. Tampoco ha querido Cecil B. de Mille dejar pasar esta película sin el sello americano. De este modo las costumbres yankis han sido perfectamente asimiladas por los hebreos de antaño. Las damas de la Corte de Faraón juguetean a orillas del Nilo. El mismo Faraón discutiendo con sus consejeros, que —según G. Helio recuerda a Roosevelt en la conferencia de Yalta—...

Y ¿qué decir de la escena de las tablas de la Ley en la que un dedo inscribe los mandamientos en una perfecta obra de pirograbado?

Esta película de tres horas y media de duración nos muestra a Charlton Heston en Moisés, Yul Briner en Ramsés II, Edward G. Robinson, Ivone de Carlo, Marta Scott, Judith Anderson, etc.

Al Sr. de Mille no le han faltado medios. Únicamente ha estado falso de estilo.

ANGEL DE JUAN

Mundo Religioso

SERVIR A LA IGLESIA Y NO SERVIRSE DE ELLA

por el Cardenal Ottaviani

En los tiempos que corren se habla mucho de la Iglesia y no sin motivo; ¿no vuelve la teología hacia su objeto superior con una penetración renovada? y la liturgia ¿no ha alcanzado profundidades insospechadas? La vida misma de los católicos ha conocido direcciones nuevas y nuevas conquistas. No se podría poner en duda sin injusticia manifiesta el hecho de que desde el último siglo la Iglesia ha conocido un retoño de vida, sobre todo (aunque no exclusivamente) entre los laicos, lo que significa una novedad en la historia de la Iglesia y un acontecimiento importante para la historia de la humanidad.

Hoy la Iglesia está más presente que nunca en la vida de los hombres. El encarnamiento mismo que se pone al perseguirla no hace sino acrecentar su fuerza y su riqueza espiritual. No hace falta, pues, lamentarse, según una costumbre que no es sentida ni sincera, sino ser fiel a lo que Dios nos ha dado: vivir en un tiempo tan grande, incluso en sus peligros, vivir en la Iglesia y por ella.

Cuando decimos «servir a la Iglesia» no queremos significar un nexo de función ni la cadena del trabajo y del empleo, como ha sido imaginada en el mundo moderno. Servir a la Iglesia es para nosotros vivir su vida, vivir por su vida en nosotros y en nuestros hermanos.

Esto es servir a la Iglesia. Servir a Dios es reinar y servir a la Iglesia es vivir la vida de la Esposa de Jesús y de la madre de los hombres.

Ante todo ¿quién hablaría de «servir» a una madre? A una madre no se la sirve, se la ama; y por añadidura se hace y se sufre todo por ella. En nuestro caso no es bastante, aunque ello sea ya un mérito notable, estar presentes y activos en la organización. Ello puede tener su origen en el instinto o por astucia en la ambición.

Ciertos hombres que, como católicos, han recibido el mandato de guardar en la vida pública los principios cristianos afirmados en sus asociaciones, acaban a menudo por revelar en la práctica que tienen más arraigadas en su corazón sus ambiciones, su fortuna política o sus dignidades en el siglo, que el progreso hacia un mundo mejor hacia el que la Iglesia quiere conducir a la humanidad.

Para este mundo mejor la Iglesia debe ser servida por el amor; lo cual quiere decir amor del Papa, del Obispo, del Cura; el amor de los fieles de

toda la tierra no menos que el de los más próximos; el amor de los pecadores, de los enfermos, de los que sufren. Obrar sacrificándose, si es preciso, porque, según los principios del Evangelio, la prosperidad y la moral, la justicia y la paz son inseparables para el individuo como para la familia y la sociedad.

Además, es una cuestión de honor. La Iglesia es nuestra Madre y cuando hemos dicho que debemos amarla, lo hemos dicho todo. Si la amamos, hemos hecho todo. Pero ella es también la Esposa de Jesucristo, que la ha dejado en la tierra y nos la ha confiado. He aquí por qué decimos que es una cuestión de honor. Echemos una mirada hacia los siglos pasados: ¡cómo ha sido perseguida o inquietada esta Iglesia! ¡Cuántos enemigos y cuántas batallas, cuántas agresiones e injusticias, ofensas y burlas, dolores y aflicciones! Y sin recurrir al pasado, miremos lo que ocurre hoy.

Yo no hablo de países —inmensos, continentes— donde está cautiva y condenada a muerte con su Esposo divino. Pienso en nuestros propios países que se llaman cristianos e incluso tienen el privilegio de ser gobernados por católicos. ¡Cuántas ofensas cada día, cada hora, y desde las más ruidosas a las más insidiosas, orquestadas y descaradas, encubiertas de gentileza o abyección! Y en nuestro propio campo. ¡Cuántas críticas, cuánta indisciplina, para no hablar de alguna traición!

Son en fin los católicos, depositarios de la autoridad política, los que osan tomar el partido de aquéllos que no solamente ofenden, sino que martirizan a la Iglesia. Y por consiguiente todos tienen recurso en los curas para convertirlos en instrumentos ante los poderosos, de esta forma causan una lasitud en el país con respecto a los hombres de la eternidad transformados en agentes de asuntos temporales.

No es esta la manera de hon-

rar a la Iglesia; mas bien es la de deshonrarla. Esto no es servir a la Iglesia. Es servirse de ella.

La Esposa de Jesús no debe ser solo defendida contra aquéllos que la persiguen, sino contra los que la querían comprometer o ensuciar.

Servir a la Iglesia significa entregarse generosamente para sus fines espirituales y eternos, sacrificarla nuestros gustos, nuestros honores, nuestra vida misma.

Jesús ha muerto por nosotros y nosotros ¿no sabremos afrontar por él la sonrisa irónica de un colega, la ofensa de un enemigo? Si los enemigos de la Iglesia son tan fuertes la culpa la tienen nuestra debilidad y blandura.

Contra la prensa adversa —cómo nos oponemos, cómo ayudamos a la nuestra? Cómo respondemos a los actos del enemigo? Ciertamente, se ha callado mucho y se quiere callar más. No es cierto que somos —como hace algunas décadas de años— «los últimos hombres». Se nos había echado de todas partes, hemos reaparecido en todas. Y podemos decir con Tertuliano: «No somos sino de ayer y ya hemos llenado todos los rincones de vuestra vida, excepto vuestros templos. Nos habeis matado y enterrado y henos aquí más vivos que nunca...»

Con todo no hemos conseguido lo que queremos. El honor de la Iglesia exige otras empresas. Lo que ha sido hecho no basta.

La Iglesia es lo más santo, grande y bello que existe, como conviene a la Esposa de quien es el resplandor de la luz eterna, hijo único del Padre, y Primer nacido de los hombres. Mientras no sepan esto todos los hombres, y mejor aún, no lo sientan, no podemos permanecer ociosos.

Servir a la Iglesia no es otra cosa que amar a nuestra Madre, defender el honor de la Esposa de Cristo. ¿Cómo la servímos? ¿Cómo la serviremos? (Il Quotidiano)

Dice, entre otras cosas: «Si el Cardenal ha respondido a otros móviles lanzando rudezas de pensamiento y de estilo, ¿contra quién se dirige? ¿a los católicos elegidos en general para llamarles al orden? Y en este caso ¿cuáles son las fronteras de su discurso? ¿se refiere a los parlamentarios demócrata cristianos de Italia o a los parlamentarios cristianos —demócratas o no— de todo el mundo católico? ¿a quién alude cuando dice «¡Qué de críticas en nuestro campo, cuánta indisciplina, por no hablar de algunas traiciones!»?

El diario demócrata «L'Aurore» dice por la pluma de Bénazet: «La amonestación se refiere no solamente a los diri-

EL HOMBRE QUE HUYE DE DIOS

por García Torres

su último mensaje navideño. Y mientras se goza con sus conquistas interplanetarias, lo mismo en las que espera conseguir en un futuro próximo, siente temor ante tal encumbramiento, puesto que mientras más alto se levanta, no puede menos de ver con más eficiencia las maravillas de las obras de la creación.

¿Por qué olvidar los destinos de la Providencia, que, al par que cuida de las avenidas de los bosques y de los lirios del campo, no permite que se mueva una sola hoja del árbol sin su consentimiento? ¿Por qué olvidar que son sus instrumentos activos las personas y las instituciones, cuyas actividades, pese a las intenciones que las animan, llevan inherentes la impronta señalada por la mano divina, en relación con sus eternos destinos?

Una hostil rebeldía, enraizada en las entretelas que tejieran invisibles agentes de la destrucción, trata de desposeer al hombre de esta incontrovertible realidad, bajo el señuelo de la conquista de una libertad ambicionada, ante el oropel de efímeros placeres y engañosos encantos, con la malsana tendencia de proseguir un ignorado rumbo, al compás de las corrientes de un materialismo grosero o de sensualismo degradante.

Es preciso deshacer toda traba que impida el jubiloso batir de las alas de esa mal llamada libertad, rompiendo el freno que aprisiona siniestras apetencias, dejando en voluntario olvido la conciencia que clama, la voluntad que despierta y la inteligencia que se impone.

Y entonces el hombre trata de huir de Dios, cabalgando en las alas de su propio ingenio, desoyendo sus llamadas, olvidando sus preceptos y desposeyéndose de la idea divina, consustancial a su propio ser, para considerarse rey de los espacios y los tiempos, y señor absoluto al que obedecen sumisas las criaturas que están a su servicio.

Mas en esta «huída», que es normativa ya en una buena parte de los Rectores de los pueblos, el hombre se encuentra con la inevitable realidad. En todas partes encuentra a Dios, aunque voluntariamente trate de cerrar los ojos a la luz de la evidencia: En la inmensurable altura de los espacios y en las profundidades del temeroso abismo; en la solemnidad de la selva umbrosa, y en el visto colorido del jardín floreciente; en la inmensidad de los mares y en la mansedumbre de los lagos; entre el bramar de las olas gigantescas, y entre las suaves cadencias de la limpia fontana.

Por eso el hombre tembla ante su propia exaltación, como acertadamente decía el Santo Padre en

Desde hace cuatro años se discute en la iglesia luterana de Noruega la posición del obispo Schjeldrup que dice: «Hay un castigo, pero un castigo eterno en infierno es contrario al espíritu de la revelación de Dios en Jesucristo».

La Convención eclesiástica libre de la iglesia luterana noruega se ha pronunciado contra la opinión del obispo, aunque dice que «cada fiel decidirá por sí mismo en la felicidad a su conciencia ante Dios» si colaborará o no con el citado prelado.

El obispo en cuestión ha dicho que después de la Convención se ha visto que hay una fuerte aspiración hacia un espíritu más amplio en la Iglesia de Noruega.

gentes filosoviéticos italianos sino a sus émulos de otros países. Especialmente —para reducirnos a Europa— a aquéllos que militan con los demócratas alemanes del CDU, los social cristianos belgas del PSC, los populistas austriacos del OVP, sin olvidar a los de nuestro MRP...

«El cardenal Ottaviani, habitual portavoz de la tendencia intransigente, no ha expresado solamente el juicio de los medios integristas».

«En el fondo del asunto Pío XII piensa lo mismo. Así puede tenerse por probable que si esta reprimenda no basta para poner en el recto camino a los desviacionistas del tipo Del Bo, el Soberano Pontífice la renovará «ex cathedra» en persona».

CLAVES

EL ARTICULO DEL CARDENAL OTTAVIANI HA MOLESTADO A LAS DERECHAS

El artículo del Cardenal Ottaviani, que reproducimos en esta página, ha causado malestar entre las derechas. El correspondiente de «Le Monde» en Roma, Jean d'Hosson, advierte que el Cardenal pasa por el «jefe del grupo integrista del Vaticano». Califica el artículo de «sorprendente», «declaración insólita», etc.

Defendiendo la bandera de la Santa Tradición

FUNESTAS CONSECUENCIAS DE UNA FIRMA REGIA

Dicir que el reinado de Fernando VII fué una cadena de luchas y desaciertos regios, es decir bien poco. Pero como la Historia ha juzgado ya cumplidamente a este desaprensivo quanto fatídico Monarca, nos limitaremos nosotros a comentar el acto postrero del Rey inconsciente —si bien algunos historiadores le consideren malvado—, que trajo consigo, cuantas veces tuvo ocasión, a blancos y a negros; que se prestaba con gusto a servir de pelota, ora de quienes le impunian la Constitución, ora de los realistas, cuando estos triunfaban sobre aquellos, sin perjuicio de que su venganza no tuviese límites, con unos y con otros, según fuesen cayendo en desgracia.

Fernando VII, en las horas últimas de su vida, cediendo a exigencias de la Masonería, que tenía por instrumento de sus planes diabólicos a la Infanta de las «manos blancas», esposa del Gran Oriente de aquella, abolió con una simple firma la Ley sálica, votada en Cortes con todas las garantías exigidas, y nos legó con ello un pleito dinástico que, transcurridos 125 años, aún sigue en pie, con tanta fuerza como en aquella fecha, pese a las almas cándidas que, con escasa fortuna, a pesar de su propaganda excesiva, aseguren estar ya resuelto, «superado».

Y después de habernos dejado esta huella funesta de su paso por el mundo de la realeza, dando motivo con ello, durante muchos años, a una constante guerra civil, cimentó, además, con su última y absolutista firma, la instauración de un régimen liberal y parlamentario que sumió en el mayor descrédito a la dinastía constitucional que nació en el momento mismo de su muerte; triste herencia que, al cabo de 98 años, había de caducar en un 14 de abril de 1931.

Y con el asalto de los constitucionales y masones declarados a la dirección del nuevo régimen, se instauró el parlamentarismo oficial en España, dando el nombre de Parlamento al recinto donde fabricaban sus leyes, en lugar del glorioso y tradicional de Cortes. Les molestaba, indudablemente, el nombre de Cortes Españolas, porque aquellas no eran, como las de ellos: «asambleas tumultuosas o estériles de diputados empleados o de diputados pretendientes», sino «ordenada y pacífica junta de independientes Procuradores de los pueblos». Las suyas iban a ser, como lo fueron, «minorías serviles y sediciosas» al servicio de intereses particulares o de empresas. Las nuestras eran, —y son—, de Procuradores que trabajaban en silencio, porque al no buscar con sus discursos el aire pestilente de la plebe, sólo les movía el deseo de servir al bien común.

Bien pronto aquellos parlamentarios acreditaron su fama de sempiternos habladores, y por virtud de su palabrería escablaban los puestos más elevados. Por eso, del recinto de la verborría y merced a cambalaches y a trucos de politiquería, se elevaban a ministros, sin que el *poder moderador* —que así se titulan los reyes que reinan, pero no gobiernan— tuviese el valor de rechazarlos.

Quien haya conocido, y juzgado imparcialmente, las etapas parlamentarias por que pasó el sistema constitucional, habrá podido llegar a la conclusión de que aquellos elocuentes discursos no tenían de bondad más que las galas oratorias, careciendo en absoluto de un fondo verdadero. Eran unos charlatanes que, abusando de la buena fe de los españoles, se arrogaban autoridad para seguir ejerciendo un despotismo, tanto mayor cuanto mayor era la ignorancia de los déspotas o cuanto mayor era su ambición. Sólo así se concibe que defendieran teorías, que si bien justificaban la inconsecuencia de sus mantenedores, no por ello dejaban de ser menos erróneas. Sólo así se concibe que a ciertos políticos —por citar algunos de nuestro tiempo—, tales como Cánovas, Sagasta, Moret, Melquidas Alvarez, Osorio y Gallardo, Sánchez Guerra, Alcalá Zamora, se les diese el calificativo de patricios eminentes, y que luego, muchos de esos patricios eminentes, fuesen un día republicanos y al siguiente monárquicos y viceversa. Porque amparándose en el *sufragio universal* —otra faceta mentirosa de aquél podrido régimen—, revalidaban su voltereta bajo el sofisma de haber sido esa la voluntad nacional.

Como si la voluntad del pueblo fuera verdaderamente el origen de la soberanía, según pretendían demostrar los políticos de aquél sistema, olvidándose, porque así les convenía, de los principios fundamentales que rigen a la sociedad! Medrados estaríamos los hombres si el origen de todo poder no fuera sino la voluntad del hombre mismo!

Si de otra manera no pudieramos demostrar que la soberanía no depende de la voluntad de los subordinados, bastaría para conseguirlo que nos fijásemos en las consecuencias de esa peregrina teoría que tan bien se acomoda a satisfacer las exigencias egoísticas, la ambición desmesurada de los que pretenden implantarla como principio inconsciente de la gobernación de los pueblos, no siendo más que fórmula grosera de que se sirven para cubrir sus desvergonzadas pretensiones.

Basta fijarse en la historia del liberalismo en nuestra Patria para ver la serie de calamidades y miseria moral a que nos condujo aquella dinastía constitucional, ya por medio de pronun-

ciamientos y motines sin cuento, ya por huelgas revolucionarias, provocadas por los voceros del Parlamento y de la calle con el pretexto de conquistar para el pueblo lo que ellos llamaban derechos individuales, ofreciéndole libertades que luego no podían darle; y prometiéndole felicidad y ventura, se servían del mismo pueblo para tiranizarle luego, dominando su voluntad soberana al imperio de sus mentiras, únicas razones en que se apoyaban cuando pretendían gobernar.

Es algo más alto y sagrado el origen de la soberanía. Su desconocimiento se acusa cuando se prescinde de Dios para rendir homenaje al liberalismo que, inventando sistemas opuestos a la ley divina, quisiera borrar completamente el santo nombre de cristianos y cuanto se derive de la fe y de las sublimes enseñanzas de la Iglesia. Olvidan que la soberanía es un don de Dios, porque es una consecuencia natural de la sociabilidad, y así como ésta no depende de la voluntad de los hombres sino que estos viven en sociedad, porque la sociedad se impone a sus necesidades y a su limitación, sin que puedan absolutamente prescindir de ser sociables, del mismo modo la soberanía es anterior a la voluntad humana, existiendo a pesar de cuantos sofismas se inventan los revolucionarios para destruir los más sólidos cimientos del orden.

Existe la autoridad, porque sin ella la sociedad es imposible, y la autoridad es la misma soberanía, es decir, un elemento indispensable de la sociedad. Pero la sociedad tiene su origen en el mismo Dios. Luego el origen de la soberanía no es otro que el mismo Dios.

La Monarquía restaurada

por José Luis Santaló

I

Era yo niño aún cuando para entretenerte en las largas veladas del invierno compostelano me enseñaba mi madre los grabados de aquella revista que bajo el título de *Ilustración Española y Americana* llevaba a la mayor parte de los hogares españoles hasta cuatro veces al mes una crónica gráfica de los principales acontecimientos nacionales y extranjeros, información que era comentada en su lugar pertinente bajo la rúbrica de «Nuestros grabados».

Pues bien, a pesar de los años transcurridos, recuerdo perfectamente uno, que después vi reproducido varias veces: el que representa a don Arsenio Martínez de Campos desenvainando su espada al frente de las tropas, que presentan armas, para proclamar Rey de España a Don Alfonso XII de Borbón.

Viene esto a cuenta de que precisamente por estos días en que mi pluma corre sobre el papel están recién cumplidos los ochenta y dos años de aquella madrugada decembrina en que el General, a quien alguien comparó por su aspecto con un capitán de la gendarmería francesa, llevó a cabo el hecho que iba a modificar la trayectoria de la vida nacional, envolviéndola en una atmósfera tan especial, tan *sui generis*, que no hay para ella otro nombre más adecuado: la España de la Restauración alfonsina.

Arcos triunfales, ramos de flores, coronas de mirto y de

laurel, reales unas y simbólicas otras, rodearon a aquel muchachito de diecisiete años recién cumplidos a quien las gentes saludaban con el dictado de «Pacificador»; el mismo que pocos días antes firmara en su modesto alojamiento de York-Town un documento, redactado por cierto aventajado político ducho en elaborar programas de gobierno, que pasaría a la historia con el nombre de «Manifiesto de Sandhurst».

Y aquí, al grabado de más arriba viene a superponerse otro u otros dos, el primero de los cuales representa al Augusto joven con abrigo de viaje y sombrero hongo despidiéndose de quienes acudieron a cumplimentarle al Palacio de Castilla en París antes de regresar a la Patria, y el segundo este mismo Príncipe, rigiendo alborcorcel, con uniforme de capitán general, saludando con su sombrero apuntado a la muchedumbre agolpada a lo largo de la madrileña calle de Alcalá para verlo pasar; esa misma muchedumbre que once años escasos más tarde le vería pasar camino de su última morada en la tierra; la misma, sustancialmente, que el 17 de Mayo de 1902 miraría cómo su hijo se encaminaba al Congreso de los Diputados donde juraría la Carta magna de la Monarquía restaurada; la misma, en suma, que el 14 de Abril de 1931 pediría, a voz en cuello, la cabeza de Don Alfonso XIII, de igual modo que en 1868 gritaba «abajo los Borbones», que las masas, mudables y voltarias, giran como veletas a merced del viento.

Entre la estampa del principio y esta otra fotografía, que ahora surge ante la imaginación, del Rey Alfonso, desembarcando casi solitario en una madrugada de abril de 1931 en el puerto de Marsella —que cincuenta y seis años antes viera salir rodeado de honores a Don Alfonso XII— hay un nexo mucho más profundo que el que a primera vista pudiera semejar. Este Rey, alto, delgado, melancólico, réplica casi fiel de un Felipe IV velazqueño, era el hijo y el heredero de aquel muchacho que en traje de viaje y sombrero hongo saliera del Palacio de Castilla en París hacia su Palacio de Madrid. Pero, también es verdad que el saludo de despedida del Rey adolescente presagiaba, en una cierta manera, el saludo de llegada del Rey en la plenitud de la vida.

TRADICION

por Manuel Machado

¡Ay del pueblo que olvida su pasado y a ignorar su prosapia se condena!
¡Ay del que rompe la fatal cadena que al ayer el mañana tiene atado!

¡Ay del que sueña comenzar la historia y amigo de inauditas novedades desecha la lección de las edades y desprecia el poder de la memoria!

¡Ama a tus padres, goza de su herencia, gloriosa... el sol es viejo y cada día joven renace y nuevo en su alborada.

Reniega de una vana seudociencia vuelve a tu Tradición, España mía sólo Dios sacó mundos de la nada.